

LA PERSONA Y EL AMOR DE JESUS EN LA ORDENACION SOCIAL *

JOSE CAPMANY

INTRODUCCIÓN. 1.^a PARTE: EL TEMA EN SU GLOBALIDAD.—I. *Jesús, como personaje histórico, y la ordenación social.* II. *Jesús, como maestro de moral de convivencia.* III. *Jesucristo en su misterio: la Iglesia, sacramento de salvación.* 2.^a PARTE: LOS DIVERSOS PUNTOS DE TEOLOGÍA IMPLICADOS.—I. *La persona de Jesús:* a) Jesús salvador, mesías y liberador. b) Jesucristo recapitulador. c) Jesucristo revelador, renovador y enaltecedor del hombre. d) La fe en Jesús dispone al hombre para impulsar una verdadera ordenación social: fe, libertad, sensibilidad. II. *El amor de Jesús:* a) El amor que nos tiene Jesús y que penetra en nuestros corazones. b) La acción del amor en la ordenación social: amor, justicia y misericordia; el estilo del amor; amor testimonial; amor total en extensión, tiempo y servicio. c) El amor, realización del cristiano. d) La civilización de la verdad y del amor. APÉNDICE: APUNTE SOBRE LA CRISTOLOGÍA EN EL DESARROLLO DE LA SOCIOLOGÍA EN LA IGLESIA DESDE LEÓN XIII HASTA JUAN PABLO II.—I. *El magisterio antes del Vaticano II:* «Rerum novarum», «Quadragesimo anno», «Radiomensaje de Pentecostés», «Mater et Magistra». Doctrina política: León XIII; Benedicto XV; Pío XI; Pío XII: Mensajes de Navidad; Juan XXIII: «Pacem in terris». Otras referencias: León XIII; Pío XI: «Quas primas» y Acción Católica; Pío XII: Sagrado Corazón, encíclicas misionales; mensajes pascuales; Juan XXIII. — II. *El magisterio papal después del Vaticano II:* Concilio Vaticano II y Juan XXIII. Pablo VI: cristocentrismo y preocupación social; «Populorum progressio» y «Octogesima adveniens». Otras disertaciones sociales: ante el mundo del trabajo; a organizaciones internacionales: O.N.U.; viajes a América, Asia y África; el humanismo cristiano: en la clausura del Concilio; jornada de la paz; Sínodo de 1974 y Exhortación «Evangelii nuntiandi»; últimas actuaciones magisteriales. Juan Pablo II: en el inicio del pontificado; la cristificación de lo social llega a una cierta plenitud. Resumen histórico. — III. *La formación de sociólogos y hombres de acción en el campo social.* La sociología cristiana; La acción en el campo social; Valoración del tratamiento casi exclusivamente sociológico, con preterición de la teología.

INTRODUCCIÓN

La revelación de la insondable riqueza de Cristo, en quien se realiza el plan eterno y misterioso del Creador, ilumina nuestro ser y existir en todas sus facetas. Nuestro conocimiento de la incommensurable caridad de su Corazón es tan amplio y profundo que podemos

* Texto de la ponencia presentada por el autor, al Simposio de *Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús* que tuvo lugar en Santiago de Chile, diciembre de 1980.

derivarlo a toda vivencia humana¹. Jesús, el Verbo de Dios que se nos ha hecho cercano por la encarnación y así se ha insertado en nuestra historia compartiendo a fondo con nosotros, es quien con más razón puede apropiarse la sentencia clásica: *homo sum: humani nihil a me alienum puto*. Su solicitud se abrió a todos nuestros afanes y problemas y —lo que es más— con poder aportó ayudas decisivas.

A partir de esta convicción teológica acerca de la persona, vida y amor de Jesús quiero proyectar esta luz sobre el tema social. Al enunciar «la Persona y el amor de Jesús» me refiero a todo su misterio: el de su persona y doble naturaleza, el de su paso visible por la tierra y el de su presencia actual, permanente y cercana, amorosa y operativa junto a nosotros. Podría decir que me refiero al Sagrado Corazón de Jesús.

Al formular el otro elemento no lo tomo en su sola vertiente legal, sino que atiendo a la correcta relación viva y operativa entre las personas y grupos humanos que coexisten, a fin de que convivan de verdad. Ordenarse correctamente los hombres es más que coordinar o enlazar eficazmente el trabajo de cada uno en orden a conseguir efectos que uno sólo es incapaz de lograr², va más allá de lo estrictamente funcional y productivo. Es entrelazar las vidas y su despliegue para el bien común de todos y de cada uno. Es encontrarse solidarios, más aún, hermanos según la ordenación ideal incluida en el misterio oculto desde los siglos en Dios, y realizado en Jesús. Ordenación social se dice aquí en un sentido activo: se significa la labor y el esfuerzo que se realiza para lograr progresivamente esta auténtica convivencia. Al relacionar este quehacer humano con Jesús, está claro que miro a los cristianos, que desean plasmar en el concreto orden social las grandes intenciones del Creador y Padre sobre el hombre en su vertiente social.

La integración del misterio de Jesús en los estudios sobre la sociedad es una de las preocupaciones que he llevado en el corazón desde que tuve en mis manos los primeros libros de teología. Durante los años de estudio y cátedra, con pura perspectiva teológica, nunca comprendí por qué se miraba y trataba el tema social en la Iglesia con una visión más ética y natural que teológica y cristocéntrica. Luego, en mis doce años de episcopado, la reflexión —marcada por un cierto «habitus theologicus» que estimo verdadera gracia de Dios— me ha confirmado en mis puntos de vista anteriores, al advertir los

1. Cfr. Ef 3, 8-18.

2. Cfr. PABLO VI, *Octogesima adveniens*, 10.

malos efectos pastorales de lo que —a mi entender— ha sido una parcialización doctoral o, tal vez, una desviación de enfoque del tema social³. En este ámbito —entre teológico y vivencial— en el que se mueven estas reflexiones, dedicadas a un tema o problema que he considerado vivido y sufrido desde diversas situaciones.

Ya estaba preparando esta disertación cuando el Papa Juan Pablo II nos ha obsequiado con la «Dives in misericordia». Este documento me ha llenado de singular alegría, pues me parece que da satisfacción a la antedicha preocupación mía, desarrolla estupendamente lo que en mi mente eran simples balbuceos, y trata una buena parte del tema que yo desde hacía meses había escogido para este encuentro. Ello no obstante, no voy a caer en la tentación de limitarme a comentar la encíclica diciendo apenas bien lo que el Papa dice mejor. Yo diré humilde y sinceramente lo que pienso, teniendo en cuenta la encíclica, así como otros documentos del Magisterio —pues así entiendo la teología—, si bien, para dar fluidez al discurso, omitiré citas que podrían ilustrar y autorizar cada uno de los puntos que trato.

I. EL TEMA EN SU GLOBALIDAD

La relación entre la Persona y el amor de Jesús, por una parte, y la ordenación social por la otra, puede estudiarse a tres niveles: histórico, ético y teológico.

1. *Jesús como personaje histórico y la ordenación social*

Este primer aspecto de la relación de Jesús y la ordenación social es de fácil constatación. La historia de los veinte siglos que en el tiempo, o sea en lo humano, nos separan de los acontecimientos naturalmente visibles de Jesús, manifiesta una influencia singular, permanente y pluriforme de Jesús sobre la configuración social de cada época. El hecho y el recuerdo de su paso por el mundo, el agrupamiento de sus discípulos, que personalmente realizó, la fuerza de su mensaje evangélico, la memoria actualizada del mismo por la Iglesia, y la fe en El vivida por las comunidades eclesiales, son los principa-

3. En el apéndice de esta disertación puede verse un estudio sobre la cristología en el Magisterio papal referente a cuestiones sociales, desde León XIII, seguido de otro sobre el estudio de la sociología en los centros eclesiales, con una valoración de sus consecuencias.

les modos como Jesús, como personaje histórico, ha estado poderosamente presente en la vida social de los hombres durante dos mil años. Esta influencia ha sido más o menos intensa según ha sido la presencia de los cristianos en cantidad y, aún más, en calidad.

Esta relación de Jesús con el orden social a través de su recuerdo, su Iglesia y sus creyentes, se ha realizado con las opacidades, quiebras, contradicciones y demás deficiencias propias de todo lo humano, que tan ostensiblemente se manifiestan en el devenir histórico, sobre todo al contemplarlo a distancia. Pero también, en cada época, se ha verificado, a través de santos que han desenvuelto maravillosamente su fe pura, firme y abnegada en actuaciones que se referían inmediatamente a la correcta ordenación social, a veces con muy amplia proyección y con efectos sorprendentes, signos o indicios de una fuerza superior a la humana.

El recuerdo vivo de Jesús ha influido primeramente creando una conciencia social profunda, consiguiente al camino de amor y fraternidad marcado por Jesús con su ejemplo y doctrina, subrayado por El en su discurso de despedida. Así, sus seguidores han encontrado en Jesús y en su evangelio base moral e inspiración para dar formas a la vida social según las características de cada época.

El desarrollo de esta verdad histórica, de extensísimo contenido, requeriría mucho tiempo y una preparación de historiador de la que carezco. Me limito a concluir que históricamente se certifica una potencia singular de Jesús como moralista de la convivencia.

2. *Jesús como maestro de moral de convivencia*

Así, pues, de la referencia histórica antes apuntada podemos fácilmente pasar a Jesús como maestro de convivencia. Tres aspectos destacan en este magisterio: su vida en común con el grupo de seguidores más próximos (a la manera de los profetas de su pueblo); su predicación moral, centrada en la ley del amor (no sólo con fuerza y exigencia de servicio al prójimo, sino también con gran realismo, que le lleva a imponer renunciaciones difíciles para salvar el amor en la relación humana y en la ordenación social, y su comportamiento de amor y generosidad creciente hasta la muerte en cruz, subrayado como ejemplar por El mismo⁴. En consecuencia, toda formulación de doctrina moral que quiera ostentar el nombre de cristiana deberá atender

4. Cfr. Jn 15,12.

a la relación social entre los hombres en la justicia y en el amor, en cualquier nivel de convivencia y en cualquier circunstancia histórica que aquélla se exprese.

Avanzando un poco más, ya en visión de creyente, Jesús es visto como Maestro enviado por Dios. En esta perspectiva su doctrina resplandece con mayor carga de verdad, urge con más exigencia y se empapa de sentido religioso. La preocupación de Jesús, el enviado del Padre, por la ordenación social en el amor y la permanencia de este afán en la Iglesia están expresadas con claridad en los textos conciliares: «Dios ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos... el amor de Dios y del prójimo es el primero y el mayor mandamiento»⁵; «Jesús ordenó a los apóstoles predicar a todas las gentes la nueva evangélica, para que la humanidad se hiciera familia de Dios, en la que la plenitud de la ley sea el amor»⁶; «De la misma misión (eclesial, de orden religioso) derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina»⁷.

Todo esto, siendo muy importante, no podemos constituirlo término de nuestra reflexión, porque Jesús es más que el promulgador de la ética, aun sublime por fundarse en el gran mandamiento del amor. Jamás debemos olvidar la lección del episodio de Nicodemo⁸. Cuando éste —de buena fe— pide normas a Jesús, a quien confiesa maestro enviado por Dios, Jesús le contesta que su misión va mucho más allá: viene a posibilitar y urgir un renacimiento por el agua y el Espíritu. La redención no se reduce a una lección de ética, aun muy profunda, ni sus frutos pueden recogerse en una sola ordenación moral, individual y social, aun muy acertada. Es algo que, incluyendo la doctrina moral, lleva a mirar esta misma ética con una luz superior, con una perspectiva que trasciende lo puramente moral. Es preciso que descubramos la aportación de Jesús a la ordenación social a partir del todo de su misterio: el de su Persona y el del amor que late en su propio Corazón.

3. *Jesucristo en su misterio*

Profundizamos ahora en el tema, entrando de lleno en el campo de la fe y de la teología. Relacionamos la ordenación social con Jesús,

5. *Gaudium et Spes*, 24 (citado en adelante GS).

6. GS, 32.

7. GS, 42.

8. Cfr. Jn 3.

viéndolo ya, no solamente como iniciador de un movimiento o como un maestro de moral social, temas que pueden ser tratados desde la razón natural; ahora miramos ya a Jesús como se ofrece a la fe, en su misterio de Dios hecho hombre y de Redentor universal.

Hay en la Iglesia una conciencia de que en Jesucristo está la respuesta a los interrogantes mayores de la existencia humana, entre los cuales, el de «¿qué criterios fundamentales deben recomendarse para levantar el edificio de la sociedad actual?»⁹. Al decir que la respuesta se halla en El se va más allá de una sola referencia a Jesús en el orden histórico o ético. La afirmación solemne del Concilio es clara: «Cree (la Iglesia) que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma, además, que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes que tienen su último fundamento en Cristo, que existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época»¹⁰.

En este texto conciliar resuena el capítulo quinto del Apocalipsis. Aquí se nos presenta a Jesús resucitado, ya en el cielo, patentizando perennemente su sacrificio pascual —es el Cordero puesto en pie como degollado—, que envía al Espíritu septiforme a toda la tierra y que domina la historia —el libro de los siete sellos— provocando la admiración de los hombres, de los ángeles y de la creación entera, que cantan su dominio salvífico¹¹.

A quienes lo aceptan por la fe, este Jesús despierta, invita e impulsa con su gracia a realizar el plan total de Dios sobre el mundo, que se centra en El. Nuestra mirada a este Jesús descubre el sentido último de toda la ordenación social. Desde esta luz se ilumina el magisterio social de Jesús y de la Iglesia, así como los problemas sociales de cada día. En ese sentido Juan Pablo II dijo en Puebla: «Del conocimiento (de Jesucristo) derivarán opciones, valores, actitudes y comportamientos capaces de orientar y definir nuestra vida social, crear hombres nuevos y, luego, una humanidad nueva por la conversión de la conciencia individual y social». Y advirtió que, para ello, hay que evitar mutilar la verdad de Cristo, pues sólo aceptado en la totalidad de su misterio, Jesús se ve como «centro y objeto del mismo

9. GS, 11.

10. GS, 10.

11. Cfr. Apoc 5.

mensaje evangéico». Desde esta fe en Jesús se «encuentra inspiración para actuar en favor de la fraternidad, de la justicia y de la paz»¹².

Pero Jesús no sólo influye a distancia, manifestando su señorío presidencial y, así, motivando e iluminando nuestras acciones. Su señorío celeste es efectivo. El actúa en la ordenación social generalmente —no exclusivamente— a través de la Iglesia, la cual es, en El, sacramento universal de salvación. Un texto conciliar nos guiará: «La Iglesia reconoce cuanto de bueno se halla en el actual dinamismo social, sobre todo la evolución hacia la unidad, el proceso de una sana socialización civil y económica. La promoción de la unidad concuerda con la misión íntima de la Iglesia, ya que ella es 'en Cristo como sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano'. Enseña así al mundo que la genuina unión social exterior procede de la unión de los espíritus y de los corazones, esto es, de la fe y de la caridad, que constituyen el fundamento indisoluble de su unidad en el Espíritu Santo. Las energías que la Iglesia puede comunicar a la sociedad humana, radican en esa fe y en esa caridad aplicadas a la vida práctica»¹³.

El examen detenido de este texto nos descubrirá la profundidad y la amplitud de la influencia de Jesucristo y su Iglesia en la ordenación social. Ante todo es preciso recalcar que la Iglesia es sacramento de salvación «en Cristo», lo cual es mucho más que decir que al fundarle la ha hecho sacramento. La Iglesia puede ser sacramento porque Cristo lo es antes y en un sentido más profundo. Jesucristo, en su naturaleza humana, unida al Verbo con la singular vinculación hipostática, por una parte es el signo viviente de Dios: a través de su paso por la tierra, y máxime en su muerte y resurrección, refleja el amor paterno, misericordioso y salvífico de Dios. Pero Jesús, simultáneamente, a través de estas mismas actuaciones humanas, es el artífice de esta salvación: realiza la gran obra de la misericordia divina sobre los hombres y les restituye, con título superior, la dignidad de hijos de Dios. La actuación humana sacramental de Jesús no acaba con su muerte ni con el hecho de resucitar. Sus operaciones humanas visibles, que culminaron en la muerte y la resurrección, tienen una misteriosa y real continuidad salvífica para siempre, por causa de la capitalidad operativa que Jesús alcanza en su resurrección. Jesús resucitado es sacramento de salvación.

La presencia capital de Jesús en la Iglesia la hace también, y

12. JUAN PABLO II, *Discurso en la inauguración de la III Conferencia general del Episcopado Latinoamericano en Puebla* (28-I-1979), *L'Oss. Rom.* 29,30-I-1979.

13. GS, 42.

subordinadamente, sacramento manifestativo y realizador de la salvación total. En el ámbito de esta salvación —según el texto conciliar antes transcrito— se incluye la unidad del género humano, es decir, la ordenación social en su globalidad y en su último objetivo. Esto quiere decir, en primer lugar, que la Iglesia en sí misma, como se exhibe ante el mundo, significa a éste cómo debe lograrse total y proporcionalmente aquella ordenación social del hombre que se conforma al plan divino presidido por Jesucristo. La comunión, que es característica de la vida interna de la Iglesia —«un solo corazón y una sola alma»¹⁴—, es el modelo de la solidaridad humana y del orden social. Eso, siendo efecto de la gracia del Espíritu, es también una grave responsabilidad de los hombres de la Iglesia, los cuales han de procurar que no se desfigure la imagen que la Iglesia, por vocación esencial, ha de dar al mundo. ¿Cómo entender que tanta inquietud por el quehacer social no vaya acompañada de un esfuerzo para mejorar la concordia y la comunión eclesial?

Pero sacramento no es sólo signo. Es también acción, es eficiencia instrumental bajo la influencia superior de Dios; es cooperación íntima de la Esposa con el Esposo, Jesucristo, sacramento original. En este quehacer sacramental de la Iglesia podemos incluir la actuación eclesial estrictamente dicha —la que se hace en nombre de la Iglesia como tal— y la que, con opción libre en las determinaciones concretas, realizan sus miembros, aunque deberán tenerse en cuenta las debidas distinciones a la hora de apurar formalidades y responsabilidades. No es necesario entrar ahora en este punto. Lo importante es que nos demos cuenta de que tales actuaciones llevan una potencia que va más allá de lo visible. A través de ellas actúa la Iglesia-sacramento; actúa Cristo-sacramento.

El objetivo de la unidad del género humano está a continuación del de la unión íntima con Dios, y ello no sin intención¹⁵. Se insinúa que lo segundo no se alcanza sino junto y en dependencia de lo primero. Ello nos llevaría a recordar la importancia que tiene, cara a un buen orden social, el reconocimiento y la estima, la búsqueda y la realidad de la unión íntima con Dios en el seno de la Iglesia y en todos los hombres.

Siguiendo el texto conciliar encontramos la afirmación de que la Iglesia-sacramento saca energías, para este su quehacer significativo y eficiente, de la fe y la caridad aplicadas a la vida. La fe se refiere

14. Act 4, 32.

15. C. Pozo, *La Iglesia como sacramento primordial*, en *Est. Ecles.* 4 (1966), p. 141.

necesariamente a Jesucristo, pues la fe en la Iglesia se sintetiza en creer en El ¹⁶. La mirada a Jesús desde la fe ilumina, estimula, etc., en la tarea de la ordenación social, que se convierte en acción de obsequio hecho al mismo Jesús.

Junto a la fe se menciona la caridad. Se trata del amor que el Espíritu enviado por Jesús infunde en nuestros corazones. Es un amor que está en continuidad del mismo amor divino, punto de arranque de la salvación. Jesús —hemos recordado antes— significa y realiza sacramentalmente el gran amor de misericordia del Padre. En Cristo, la Iglesia continúa esta operación sacramental. Lo recuerda el Concilio cuando dice: que «la Iglesia es sacramento universal de salvación, que manifiesta y, al mismo tiempo, realiza el misterio del amor de Dios al hombre» ¹⁷. El amor del Padre, contagioso por el Espíritu que lo difunde, pasando por el Corazón de Jesús, llega a la Iglesia y a sus fieles sensibilizándolos y potenciándolos para que, a su vez, sacramentalmente la Iglesia lo haga conocer y aceptar, conectar y asimilar a todos los hombres. Así, el orden social basado en la comunión de corazones, se alcanza, no como algo añadido a la salvación, sino como un aspecto ineludible de su objetivo total.

Iglesia-sacramento, fe y caridad nos llevan a atribuir una cierta autoría a Jesús en la ordenación social que nosotros promovemos. ¿Hasta qué punto podemos atribuírsela? Es evidente que Jesús está en el principio de las acciones que se realizan como eclesiales o, simplemente, bajo el influjo de la fe y de la caridad. Pero los hombres que realizan estas acciones concretas son personas limitadas y libres, que pueden tener, y tienen, sus fallos. De éstos ciertamente no podemos responsabilizar al Señor. Cómo Dios, a pesar de nuestros fallos, se las arregla para seguir adelante con su plan, no lo sabemos.

Los responsables de la Iglesia y los cristianos individualmente, uniéndose lo más posible a Jesucristo, han de desarrollar esta obra de ordenación social con reflexión de fe y —cada cual según su vocación— con propia creatividad, pues Jesús no da modelos sociales a copiar, sino que sólo señala grandes objetivos y líneas básicas, y da el mandamiento general de caridad. Todo eso es muy valioso; pero de ello no se sigue una concreta ordenación social, la cual, además, ha de seguir el rumbo de la historia con sus variantes, que imponen concreciones distintas. El magisterio aplica estos principios según las acciones individuales. Ello no obstante, y con las consiguien-

16. Jn 3, 16-18. Cfr. Act 8, 37; 11, 20-21; Rom 10, 9-10; 1 Cor 12, 3; etc.
17. GS, 45.

tes matizaciones, hemos de proclamar que Jesús está en este quehacer de Iglesia y de los cristianos, a semejanza de como proclamamos que actúa en la obra de santificación de cada uno de nosotros. Por nuestra parte, ello comporta una nueva responsabilidad: buscar la mejor unión con Jesús también en este quehacer, y no contentarse con una remota inspiración cristiana en nuestra creatividad y acción, simplemente contemplativa, de la base humana de planificación y método. Esto es necesario, pero no es suficiente: la conciencia de fe descubre mayores horizontes. Afortunadamente, la renovación litúrgica ha introducido ya algunas plegarias que miran a este quehacer de los cristianos y de la Iglesia. No podemos prescindir de la presencia operativa del mismo Señor en la ordenación social, pues forma parte de la misión que dio a la Iglesia, y en todo cuanto forma parte de esta misión la Iglesia tiene la asistencia del Señor. Esta asistencia se explica por comunicación de su propia sacramentalidad.

II. LOS DIVERSOS PUNTOS DE TEOLOGÍA IMPLICADOS

Al estudiar ahora los diversos puntos teológicos implicados en la ponencia, de acuerdo con su mismo título los divido entre los referentes a la persona de Jesús y los que tratan de su amor.

Marcar los límites temáticos en teología siempre es tarea difícil. Las tesis teológicas se cuestionan y entrelazan entre sí, pues se refieren a un designio de Dios, concebido con armonía sapientísima.

Aquí, en los temas referentes a la persona de Jesús, incluyo tanto la acción salvífica general como nuestra mirada de fe hacia Jesús, quien nos revela quién es y qué somos nosotros, de lo cual se deducen algunos comportamientos que afectan muy directamente a nuestro problema. Aunque Jesús fue y es movido siempre por el amor (y, consiguientemente, nuestra mirada y respuesta de fe lleva una carga y un enfoque de amor), dejo el estudio más pormenorizado de este segundo tema para más adelante.

Al relacionar el amor de Jesús con la ordenación social, ante todo vemos este amor derramándose desde su propio Corazón divino sobre nuestros pequeños corazones; algo sobre este misterio hemos dicho ya al tratar de la Iglesia-sacramento de salvación. Este amor que recibimos de Jesús tiene sus características y juegan un papel principal en nuestra propia realización como cristianos y como Iglesia. Todo ello culmina en la plenitud escatológica. Desarrollados estos temas los concluiré con una referencia a la civilización de la verdad y del amor.

El itinerario es largo, y cada punto merecería una extensa exposición y una auténtica prueba teológica. Para no alargarme en demasía, limitaré mi exposición a lo que estimo esencial. Al fin y al cabo hablo a teólogos, por lo cual tiene aquí plena vigencia la vieja advertencia: *intelligenti pauca*.

1. *La persona de Jesús*

a) *Jesús salvador, mesías y liberador*

Jesús es el Salvador. Para salvarnos vino al mundo. Esta característica esencial —significada en su propio nombre— tiene una influencia decisiva en la ordenación social.

Para encontrar la relación entre la salvación y la ordenación social tenemos un primer camino, seguro y claro, partiendo de la misma persona humana, término de la salvación de Jesús. Lo social no está al margen de lo personal humano, sino que es una vertiente ineludible del propio vivir del hombre. Por consiguiente, es lógico que el pecado del hombre repercutiera en su vida social y que la salvación del hombre aporte también remedio al desorden social derivado del pecado. La revelación nos daría abundante base de argumentación desde la disputa de Caín y Abel y la torre de Babel hasta la culminación de la salvación en la Jerusalén celestial, sede de paz social perfecta.

Pero hay otro camino más directo, y que arranca del concepto de «pecado del mundo». Dejando de lado cuestiones más o menos controvertibles sobre el pecado del mundo (en algunos teólogos), pienso que es una aportación muy valiosa a la teología esta formulación de la situación pecaminosa del mundo. Esta es el efecto del pecado original y de muchos pecados personales (junto con deficiencias e ignorancias) que, al entrecruzarse por causa del mismo entretejido social del hombre, de algún modo se funden y así quedan como engastados en las estructuras de la sociedad, viciando el ambiente en el que hemos de vivir y limitando, por ensombrecimiento y carencias testimoniales, los horizontes de la virtud y de la santidad que el hombre moralmente necesita para progresar espiritualmente y socialmente. Esta compleja realidad se llama pecado en sentido analógico; pues, si bien afecta pecaminosamente al hombre, no lo constituye, de por sí, formalmente pecador. Solamente lo coloca en situación de tentado y dificultado ante el bien moral, pero —eso sí— con fuerte sollicitación. El hombre, cada hombre, permanece libre; pero sin la salvación de Jesús no aguantaría ante tanta circunstancia adversa y, cuantas

veces cayere, ayudaría a mantener y aun a acrecentar este pecado del mundo.

La salvación, que afronta el ser y la vida del hombre en totalidad, atiende también intencional y realmente al pecado del mundo. Este es vencido por el Salvador, que le contrapone al Reino de Dios, ya iniciado en este mundo. Advierto que no pretendo agotar el contenido del Reino de Dios en esta contraposición. Sólo afirmo que el Reino lleva un contenido de ambientación, proyección y ordenación social. El pecado del mundo es solamente una situación creada por los hombres pecadores, que cada uno (excepto Adán y Eva antes de pecar) encuentra ya ante sí como un desafío. En cambio, el Reino lo establece Jesús —nosotros no podíamos—, y es una realidad que se encuentra en nuestro entorno y es ofrecida a cada hombre, el cual puede responder positivamente, gracias al don interior que simultáneamente le va llegando como fruto de la misma salvación de Jesús. Así, por los mismos actos, que van realizando la salvación personal, va también purificándose el mundo de pecado y edificándose el Reino en el aspecto social-mundano. El concepto de «Reino de Dios», tomado en totalidad, es la clave para entender la conexión esencial entre salvación personal y salvación del mundo.

Desde el concepto cabal de evangelización lo explica Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*: «No hay humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres nuevos con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio»¹⁸. Es justo, pues, que en el empeño se tengan presentes ambos aspectos: el personal y el social, como advierte el documento al decir que el evangelizador «trata de convertir, al mismo tiempo, la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que ellos están comprometidos, su vida y ambientes concretos»¹⁹.

Es verdad que la salvación —como el pecado— empieza a realizarse en la persona, y que la salvación del mundo arranca de la salvación de la persona. Pero, teniendo en cuenta la dimensión social inherente a la persona, no podemos simplemente dejar lo social —pecado o salvación— como un complemento, confiado sólo en que la persona santificada espontáneamente irá reordenando el mundo. Lo social ha de colocarse en la misma intención explícita del cristiano en acción desde el primer momento y siempre, como así estaba en el corazón de Jesús salvador al promover el Reino.

18. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 18.

19. *Ibidem*.

La relación de Jesús con la ordenación social puede completarse con el estudio de la mesianidad de Jesús, ahondando en la vertiente social y aun política de su obra renovadora de Mesías. Nadie ha sido enviado por Dios a los hombres para decirles simplemente que todo ya va bien. Todo ungido de Dios se ha plantado arriesgadamente en medio de los hombres para despertar, interpelar, urgir y corregir lo que en lo humano anda mal. Y entre las vivencias tocadas por los profetas, siempre ha tenido parte importante la concreta ordenación social del momento. El Mesías, el gran Ungido, el gran Profeta, está en esta misma línea, aunque al presentarse en Israel tuvo que tomar algunas cautelas para evitar malas inteligencias y parcializaciones de su misión. Jesús va más allá que los profetas porque es capaz de atacar la misma raíz del desorden —personal y social— con su poder señorial, divino, que le da entrada en los corazones de los hombres. Jamás debemos olvidar que Jesús es ahora «Señor y Mesías»: no lo uno sin lo otro²⁰. Al constituir su pueblo como Cuerpo suyo, lo ha hecho partícipe de su vocación profética y de su fuerza señorial, también en cuanto renovadora de lo social. Por ello, el Pueblo de Dios es enviado al mundo en busca de un orden social acorde con los designios de Dios y los frutos de la salvación de Jesús. Así, Jesús, ya en su gloria pero cercanísimo a nosotros, ejerce plenamente de Mesías y Señor en nosotros y a través de nosotros.

Los títulos de Salvador y Mesías nos llevan espontáneamente al de Liberador. La liberación total aportada por Jesucristo, y que en El va realizándose en y por la Iglesia, en y por los creyentes, incluye abiertamente la vertiente social: el empeño por una auténtica ordenación social que cure (libere) al mundo de sus llagas sociales y le empuje a una realización progresiva del designio divino sobre el hombre en totalidad y, por consiguiente, también en su vivencia social. La liberación integral presentada por Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, reiteradamente explicada por Juan Pablo II y bien recogida en los documentos de Puebla, sería la mejor explicación de este tema.

b) *Jesucristo recapitulador*

El concepto de recapitulador, aunque sólo aparece una vez en la Sagrada Escritura, es de suma importancia en los temas de cristología aplicada a la vida y, en concreto, en el nuestro. De él hizo San Ireneo un concepto clave de su teología²¹.

20. Cfr. Act 2, 36.

21. Cfr. p. ej., *Adversus haereses*, V, 29, 2 (SC 153, pp. 367-371).

Una buena explicación de este concepto está en la *Gaudium et spes*: «El Verbo de Dios... se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones»²².

Al llamarle recapitulador hacemos una valoración muy completa de Jesús-hombre en su relación con la creación en la que está inserto. La creación es fundamentalmente buena; más aún, con el hombre es muy buena: «vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno»²³. Esta creación, que incluye una rica variedad de elementos o creaturas, ha sido concebida por Dios con un designio de unidad y armonía²⁴, es un «cosmos». La presidencia natural de este cosmos corresponde al hombre, única creatura que ha sido hecha «a imagen y semejanza de Dios»²⁵. Pero los hombres, esencialmente iguales en dignidad, despliegan diversamente su vida: se realizan con mayor o menor perfección, producen obras de más o menos valor y alcanzan, consiguientemente, valoraciones personales distintas y desiguales. Un hombre excepcional descuella entre todos: Jesús. Y no solamente por su autorrealización singular y por la obra única por El realizada en su paso por el mundo (predicación, salvación, Iglesia), sino por la misma realidad de su ser: es el Verbo encarnado, que ha venido a compartir nuestra vida; es Dios y hombre, como decimos con precisión teológica. Jesús es substancialmente el hombre excepcional. Esta es la razón de la excepcionalidad de sus cualidades humanas, de su dinamismo y de su eficacia salvífica. Este hombre Jesús, que forma parte de la humanidad y, por ende, del conjunto de la creación, no sólo sobresale entre los elementos del cosmos sino que, además, con pleno derecho y según la explícita intención del Creador, lo preside y, además, con eficacia: dar al conjunto y, derivada y proporcionalmente, a cada elemento del mismo el sentido definitivo de su dinamismo y, por consiguiente, la auténtica valoración de todo. Aquí se realiza plenamente aquello del «bonum difusivum sui».

Jesús es como la figura central de una obra pictórica: es decir, de la creación, obra de arte del mismo Dios. Pero esta comparación es deficiente, sobre todo por ser estática. La recapitulación no es sólo una situación de Jesús en medio del cosmos y de la historia, sino

22. GS, 45.

23. Gn 1, 31.

24. Cfr. S. TOMÁS, *Summ. Theol.* I q. 47, a. 1 y 3.

25. Gn 1.

también el contenido último de una intención que, reflejando la del Creador, corre secretamente en el seno de la historia humana, cósmica y de cada persona en particular. Todo fluye, recordaba Heráclito («panta rei»); pero no por puro autocosquilleo y sin meta. Hay un Creador sabio que, al mismo tiempo, ha dado consistencia y dinamismo a las realidades creadas, y les ha asignado un maravilloso término, que es Jesús, el cual, asimismo, es el corifeo en el gran teatro del mundo. Jesús es «el punto focal hacia el cual y en el cual convergen todas las cosas»²⁶. La recapitulación sólo se entiende plenamente cuando se atiende a su sentido dinamizador y orientador de todo el cosmos en movimiento hacia Jesús.

Hay en cada hombre una tensión hacia Cristo, valor supremo que le da sentido y medida en su ser y en su obrar. El hombre inteligente, deficiente y tantas veces pecador, puede no saberlo, no recordarlo o no reconocerlo; pero la mano providente de Dios, que el hombre no puede remover, señala y empuja —con fortaleza y suavidad—, sin vacilación ni tregua, hacia Jesús. A Jesús el hombre va por la vía de la amistad que El brinda. Este es el camino graciosamente establecido por Dios para el hombre, y, con el hombre, amigo de Jesús, toda la creación, a su manera, va hacia Dios. Jesús es el recapitulador, el que ha convertido los tiempos novísimos en última etapa, el que nos hace tocar ya la meta: «Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios»²⁷.

La acción de la Iglesia al cooperar en el designio divino de recapitulación en Jesucristo, busca el enlace de cada uno con El: «La Iglesia desea servir a este único fin: que cada hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de su vida»²⁸. El hombre —cada hombre— ha de ser buscado con atención a toda la realidad de su ser singular, concreto y poseedor de su propia historia, inmersa en la de la humanidad y del cosmos recapitulado en Jesús. Es el hombre ser personal y, a la vez, comunitario o social, que en la ruta de su vida despliega sus posibilidades y representa sin cesar el drama de su división interior entre impulsos contradictorios, que va resolviendo al caminar con Jesús²⁹.

Por todo ello, la profunda verdad de Jesucristo recapitulador se relaciona con el orden social de varias maneras. Nos descubre la clave de la historia y la meta estupenda de todos y de todo, así como

26. Cfr. R. FARICY, en *Cor Christi*, 1980, p. 210.

27. 1 Cor 3, 22-23.

28. JUAN PABLO II, *Redemptor hominis*, 13.

29. *Ibidem*, 14.

la gran armonía de todo y de todos y el gran camino con Jesús amigo, que es la divina vocación del hombre. Así somos iluminados y estimulados a trabajar para un progresivo y auténtico orden social, que es ensayo de aquella perfección de sociedad —la «societas sanctorum» en Cristo— que por don de Dios está ya en nuestro horizonte y que un día alcanzaremos en plenitud. Así, el plan de recapitulación de todo en Jesucristo urge a la búsqueda «de todo lo que sirve al verdadero bien del hombre»³⁰, pues el hombre camina en el mundo y va a Jesús a través de mil cosas, condicionamientos y vicisitudes. El creyente, discerniendo las realidades y ayudando generosamente a todos, va cooperando simultáneamente a la recapitulación y al buen orden social. Hoy, ante la progresiva socialización de la vida humana, la ordenación social ha de ser atendida por los creyentes con una solicitud singular en todos los niveles en que se realiza: familia, cultura, trabajo, economía, política, universalidad³¹.

Finalmente, la recapitulación en Cristo, junto con el descubrimiento de la dignidad del hombre gracias al misterio del Verbo encarnado, ayuda a ver a Jesús en cada persona, por miserable que sea su vida, según la palabra del Señor en el capítulo 25 de san Mateo, que Juan Pablo I comentó así: «Ver el rostro de Cristo en el del prójimo es el único criterio que nos garantiza un amor serio a todos, más allá de las antipatías, ideologías y simples filantropías»³². El respeto a la dignidad de la persona humana, realizado sin ninguna excepción, es un ingrediente fundamental en la ordenación social. De ello vamos a tratar seguidamente.

c) *Jesucristo revelador, renovador y enaltecedor del hombre*

Para cuantos no subordinamos la persona a la sociedad, el buen orden social requiere ineludiblemente el respeto de los derechos de la persona humana. Pero tan fácil es respetarlos de palabra o en abstracto como difícil hacerlo en lo concreto cuando se presenta la alternativa (por lo menos en apariencia) entre respetar del todo a tal persona y realizar una determinada acción con eficacia. Es entonces —y el caso no es excepcional, sino muy corriente— cuando la visión y estimación cristiana del hombre —basada en la fe— se nos presenta como la confirmación, el seguro y la sublimación de nuestro respeto a la persona. De este modo la fe y Cristo, autor de la fe,

30. *Ibidem*, 13.

31. Cfr. GS, segunda parte.

32. A. LUCIANI, *Ilustrísimos Señores*, BAC (Madrid 1978), p. 182.

devienen un factor básico de ordenación social. Juan Pablo II, apelando a su «tremenda y valiosa experiencia», lo proclamó ante los jóvenes de Belo Horizonte: «Los derechos del individuo (sobre los cuales se basa la verdadera justicia social) sólo serán realmente reconocidos si se reconoce la dimensión trascendente del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, llamado a ser su hijo y hermano de los otros hombres, destinado a una vida eterna»³³.

Pero no se trata sólo de superar conflictos, sino de progresar en la construcción de un buen orden social. Para ello también es necesario ver al hombre «en su plena verdad», pues ésta es «la única capaz de dar sentido humano a las diversas iniciativas de la vida cotidiana: programas políticos, económicos, sociales, culturales, etc.»³⁴.

La plena verdad del hombre la tenemos por Jesucristo. Hoy la cultura humana ha avanzado mucho en el conocimiento del hombre en distintos aspectos de su vida —biología, trabajo técnico, sociología, economía, etc.—; pero todo ello, aun conjuntándolo, no da respuesta suficiente a los interrogantes profundos del hombre sobre sí mismo. Con todo eso ni se llega a la cima del destino del hombre ni se explican sus vacilaciones en el orden moral.

Sólo Jesucristo descubre y posibilita la vocación del hombre a la unión con Dios, que es la razón más alta de la dignidad humana³⁵. Jesucristo no sólo es revelador de algo que el hombre apenas podría barruntar interpretando la inquietud del propio corazón, que a tientas busca a Dios. Hace más: Jesús restaura al hombre que, caído en pecado, no tenía ya alas para volar tan alto, sino sólo peso para ir hundiéndose en el egoísmo y en el desconcierto, en el pecado personal y en el pecado del mundo. Uniendo, pues, revelación y redención, vida pequeña de aquí y perspectiva grande de allá, y realeza sobre el mundo visible y tendencia confiada hacia Dios, tendremos la verdad plena sobre el hombre. Todo ello nos viene por Jesucristo, y, así, el Concilio pudo proclamar con plena razón: «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»³⁶.

A partir de esta verdad sobre el hombre, se puede edificar, con confianza de buen éxito, un orden social para el hombre, que no sólo respete la dignidad de toda persona humana sino que, además, ayude a cada uno a respetarse a sí mismo, es decir, a no abdicar jamás de

33. JUAN PABLO II, *Discurso en Belo Horizonte* (1-VII-1980), *L'Oss. Rom.* 3-VII-1980.

34. JUAN PABLO II, *Discurso a las autoridades del Brasil* (30-VI-1980), *L'Oss. Rom.*, 2-VII-1980.

35. GS, 19.

36. GS, 22.

su dignidad y de su misión; a no hacerse esclavo de nadie ni de nada; a no someterse a lo inhumano del consumismo o de sistemas económicos que hacen que la persona sea menos, so pretexto de que podrá tener más; y a no prescindir jamás de la apertura a la trascendencia, que le llevaría a una gravísima automutilación de consecuencias fatales para el respeto de toda persona y para el consiguiente orden social³⁷.

Esta verdad sobre el hombre toma especial actualidad en el mundo de hoy. Gozamos de un progreso real en sí, ciertamente valioso, pero que no se utiliza siempre para el bien del hombre, de lo cual nacen justificados y serios temores. La razón de este desajuste experimentable es que el hombre no enlaza su progreso con los valores trascendentales que dan sentido definitivo a su existencia. Acecha el peligro de que el agrupamiento de los hombres, consecuencia de la cultura técnica, se traduzca en simple amontonamiento donde fácilmente puedan desarrollarse todos los gérmenes antisociales y donde la auténtica relación interpersonal se pierda en aras de un funcionalismo frío y de un practicismo de corto alcance. En la sociedad técnica tenemos a muchas personas encima y debajo de nosotros, pero pocas a nuestro lado de verdad, con el acercamiento humanísimo propugnado por el evangelio. Como ha denunciado el Papa, «la nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto a su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados; época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes. ¿Cómo se explica esta paradoja? Podemos decir que es la paradoja del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una dimensión esencial de su ser —el absoluto— y puesto así frente a la peor reducción del mismo ser»³⁸.

Quien descubre la verdadera relación del hombre con Dios y, además, enlaza vitalmente a Dios con el hombre, superando el abismo del pecado, es Jesucristo. El es el Revelador, el Mediador y el Redentor. Así, salvado el hombre, puede dar coronamiento a su progreso técnico, poniéndolo de verdad a su servicio, y dar sentido comunitario a la cooperación de los hombres, propia de la nueva cultura.

37. JUAN PABLO II, *Discurso a las autoridades del Brasil* (30-VI-1980), *L'Oss. Rom.*, 2-VII-1980.

38. JUAN PABLO II, *Discurso en la inauguración de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla*, (28-I-1979), *L'Oss. Rom.*, 29,30-I-1979.

En la obra de Jesús hay una fundamental contribución a la ordenación social, puesto que orienta certeramente sobre el valor de la persona y de su actividad en el dominio del mundo, y establece un orden fundamental de fraternidad bajo la auténtica paternidad de Dios. Hace que tenga hondo sentido y trascendente respetabilidad toda la vida del hombre, siempre de algún modo desenvuelta en relación a los demás. Este sentido y este respeto penetra ya aquí la misma vivencia social, la fortalece y la enaltece.

d) *La fe en Jesús dispone al hombre para impulsar una verdadera ordenación social*

La fe en Jesús es el término de nuestra conversión. Es la respuesta que damos a la interpelación que nos dirige desde su revelación como Redentor. Esta respuesta es nuestra, pero no sólo nuestra: «nadie puede decir Jesús es el Señor, si no es en el Espíritu Santo»³⁹. Convendrá no perder nunca de vista esta verdad fundamental.

Pero la fe conlleva un compromiso. Jesús nos ha prometido estar con nosotros, darnos participación de la filiación divina, hacernos miembros de su Cuerpo, integrarnos a su trabajo mesiánico y redentor, como auténticos colaboradores suyos. Todo ello reclama una respuesta continua de fe en Jesús y un esfuerzo para vivir conforme a la nueva dignidad y alta responsabilidad que alcanzamos gracias a Jesús. Es el compromiso cristiano: la promesa nuestra —deficientemente cumplida— que hace juego con la de Jesús, que jamás incumple.

Es fácil entender que este compromiso tiene una relación muy inmediata con la ordenación social, con sólo recordar que Jesús —como acabamos de ver en las páginas precedentes— tiene un papel principal en esta ordenación, pero que quiere compartirlo con nosotros, de modo que la eficacia depende también de nuestra respuesta total de fe a cuanto El es, revela y da, aplicada al quehacer social.

La conversión del corazón con que se inicia la vivencia de la fe, es un quehacer permanente. No es posible trabajar cristianamente en ningún aspecto del compromiso cristiano, sin esforzarse en una constante conversión de corazón. Esto significa, ante todo, aceptar

39. 1 Cor 12, 3.

de buena gana los deberes correspondientes a la tarea encomendada y, con generosidad, superar todas las dificultades; en otras palabras, compartir la cruz con Jesús. Todo esto tiene un estilo muy característico, heredado de los «pobres de Yavé», de la Antigua Alianza; esta pobreza real y espiritual, hecha de fe, humildad y confianza, es el humus en el que florece la conversión y la santidad. También en la Nueva Alianza esta actitud profunda y expresiva de fe de los «pobres de Yavé» es importante en la renovación del pueblo, en la ordenación social.

Esta generosidad bajo el don del Espíritu ha de desplegarse de modo particular en forma de paciencia, constancia y audacia para superar los cansancios y rutinas que se presentan en la tarea de la ordenación de la sociedad: se trata de una modalidad característica de la conversión permanente en este campo de acción del cristiano, donde surgen de continuo nuevas dificultades y nuevas posibilidades. Pablo VI tiene al respecto un texto profundo y precioso en la *Octogesima adveniens*: «El Espíritu del Señor, que anima al hombre renovado en Cristo, cambia sin cesar los horizontes donde la inteligencia quiere encontrar su seguridad y los límites donde su acción se encerraría de buena gana; la penetra una fuerza que le llama a superar todo sistema y toda ideología. En el corazón del mundo permanece el misterio del hombre que se descubre hijo de Dios en el curso de un proceso histórico y sociológico, donde luchan y se alternan presiones y libertad, gravedad del pecado y sople del Espíritu. El dinamismo de la fe cristiana triunfa entonces sobre los cálculos estrechos del egoísmo. Animado por el poder del Espíritu de Jesucristo, Salvador de los hombres, sostenido por la esperanza, el cristiano se compromete en la construcción de una ciudad humana, pacífica, justa y fraternal, que sea una ofrenda agradable a Dios»⁴⁰.

Por otra parte, la ordenación de la sociedad no puede realizarse solamente con disposiciones legales o normas sobre estructuras. Para que sea auténtica y eficaz debe darse una cordial cooperación por parte de los ciudadanos. La conversión ha de estar en los corazones de muchos de los que forman parte de la sociedad, si se quiere alcanzar algo eficaz. Juan Pablo II lo ha recordado ante las autoridades de Brasil: «una transformación de estructuras políticas, sociales o económicas nunca podría consolidarse si no fuese acompañada por una sincera conversión de la mente, de la voluntad y del corazón del hombre, con toda su verdad... que suscite una solidaridad y un amor fraterno,

40. PABLO VI, *Octogesima adveniens*, 37.

inmunes a toda falsa autonomía respecto a Dios»⁴¹. Lo que reclama una conversión a la fe en Jesús, no sólo permanente, sino también colectiva.

* * *

En el mismo texto recién citado de Juan Pablo II, encontramos una referencia a otro aspecto de la conversión del corazón: ésta debe ser tal que «evite perniciosas confusiones entre libertad e instintos, intereses creados, luchas o dominios»⁴². La conversión a la fe es, al mismo tiempo, conversión a la auténtica libertad, es decir, a aquella «libertad radical del hombre, que se sitúa a nivel más profundo: el de la apertura a Dios por la conversión del corazón»⁴³. Es obvio que entre los muchos conceptos de libertad que andan sueltos por el mundo —a veces cual nuevos demonios— nosotros optamos por el concepto cristiano.

El tema de la libertad es largo, y en cada capítulo encontraríamos fácil referencia a la ordenación social. Nos quedaremos con unos pocos puntos.

Si concebimos la libertad como espacio para que el hombre se desarrolle cual conviene a su condición de persona dueña de sus actos tanto en el dominio de sí mismo como en el de toda acción suya, aparecerá en seguida que el concepto de responsabilidad es inherente al de libertad. La primera responsabilidad a cumplir con libertad es la de la propia y permanente conversión de corazón: por ahí comienza toda auténtica liberación, como advirtió Pablo VI: «Hoy los hombres aspiran a liberarse de la necesidad y de la dependencia. Pero esa liberación comienza por la libertad interior, que ellos deben recuperar de cara a sus bienes y a sus poderes... de otro modo, se ve claro, aun las ideologías más revolucionarias no desembocarán más que a un simple cambio de amos»⁴⁴.

No es fácil esta liberación interior, esta libertad adulta, capaz de opciones autónomas frente a la propia cobardía, a las mil tentaciones y a las presiones sociales, hoy a veces tan poderosas. Por ello, la libertad —lo mismo que la conversión— es una conquista diaria⁴⁵.

La responsabilidad humana incluye también la exigencia de res-

41. JUAN PABLO II, *Discurso a las autoridades del Brasil* (30-VI-1980), *L'Oss. Rom.*, 2-VII-1980.

42. *Ibidem*.

43. JUAN PABLO II, *Mensaje de la Paz* (1-I-1981), *L'Oss. Rom.*, 2-I-1981.

44. PABLO VI, *Octogesima adveniens*, 45.

45. Cfr. JUAN PABLO II, *Mensaje de la Paz* (1-I-1981), *L'Oss. Rom.*, 2-I-1981.

ponder, ante la propia conciencia y ante Dios, del bien auténtico de nuestros hermanos y, ante todo, del bien de su libertad. No es la autonomía de Caín, que alega no tener por qué preocuparse del hermano ⁴⁶. Es todo lo contrario: connota una disponibilidad efectiva de servicio a la persona según ésta es y merece, evangélicamente mirada.

Hoy se proclaman muchos derechos de liberación propia o del propio grupo, pero se descuida en demasía la asunción de los deberes que se basan en los mismos principios de los que brotan la libertad y los derechos. Se olvida que la mayor responsabilidad y, en definitiva, el gran derecho que hemos adquirido por gracia de Jesús, es la de procurar el bien de nuestros hermanos, crear espacios a su auténtica libertad, y que ello se realiza ni más ni menos que cumpliendo los deberes que tenemos para con ellos. Hay una correlación de derechos y deberes muy apretada: «si se falla en los deberes... automáticamente se produce la pérdida de los derechos correspondientes, aunque se mantenga farisaicamente su reconocimiento verbal» ⁴⁷. Ello está muy claro en una visión cristiana, que excluye de raíz el gran egoísmo de buscar sólo derechos para mí y exigir los deberes a los demás.

Finalmente, la libertad, cuyo desenvolvimiento depende de los valores que se estiman válidos para la realización de la persona, en cristiano es una libertad para el amor: «la libertad a los ojos de Cristo no es ante todo una 'libertad de', sino que es una 'libertad para'» ⁴⁸. El fin y el móvil para el cual queremos la libertad es el amor: amor a Dios y al prójimo, en una sola intención. Un amor que paradójicamente nos convierte en siervos de los demás. San Pablo nos ha dado un texto precioso: «Fuisteis llamados a la libertad... no toméis esa libertad como pretexto para soltar las riendas de la carne (o sea, el egoísmo), sino que, por la caridad, haceos esclavos los unos de los otros» ⁴⁹. Es obvio que esta libertad, en la que nos educa la fe de Cristo y que logramos por su gracia, tiene una relación muy inmediata con la ordenación social de que estamos tratando. Lo confirma su contraposición a la libertad-capricho-egoísmo, que es manifiestamente la polilla de la sociedad.

* * *

La libertad actúa en medio de la verdad y de la sensibilidad. En una lección magistral al simposium de obispos europeos, de 1975,

46. Cfr. Gn 4, 9.

47. J. MARÍAS, *Sobre los derechos humanos*, en *La Vanguardia*, 18-XI-1980, p. 7.

48. JUAN PABLO II, *Discurso a los cardenales* (5-XI-1979), *L'Oss. Rom.*, 7-XI-1979.

49. Gal 5,13.

el entonces Cardenal Wojtyla nos decía que el obispo debía «estar ampliamente abierto y muy sensible a los problemas del hombre de hoy... y ser interiormente libre para poder anunciar la verdad»⁵⁰. No cabe una formulación más equilibrada de los tres conceptos. ¡Cuántas veces un afán por la verdad mal enfocado y temeroso, enfría la sensibilidad! ¡Cuántas veces una avasalladora sensibilidad lleva a descuidar y aun deformar la verdad! Esto se ha dado, y no poco, en los difíciles y dramáticos problemas de la ordenación social. Un buen equilibrio hubiera evitado no pocos fracasos.

Para completar la relación libertad-ordenación social, es preciso atender también, en particular, al papel de la sensibilidad en este quehacer. Conviene que la acción cristiana no baje la temperatura, y a mantenerla puede ayudar mucho una rica e integrada sensibilidad.

Arrancando del mismo amor que es servido por la libertad, la sensibilidad ha de estar en el corazón del cristiano y reflejarse en la acción, a semejanza de Jesús, en cuyo corazón distinguimos los tres amores, bien coordinados en todas sus vivencias. No se trata, pues, de un adorno, sino de asegurar que se atenderá bien a cuanto hay que reformar, construir, completar. Hay que temer la insensibilidad del rico de la parábola de Lázaro. Juan Pablo II decía a los laicos en Méjico: «Desde la perspectiva eclesial quiero invitaros a revisar vuestra sensibilidad humana y cristiana en esta vertiente de vuestro compromiso: la participación en las necesidades, aspiraciones, desafíos cruciales con que la realidad de nuestros prójimos interpela vuestra acción evangelizadora de laicos»⁵¹. Esta sensibilidad ayudará a formular y a mantener en el corazón y en la acción la llamada opción por los pobres que, correctamente entendida (o sea, sin desprecio para nadie, sin negación de la universalidad del amor), es ineludible en una actuación social cristiana que quiera ser realista y —sobre todo— atenta a las advertencias de Jesús, el gran amigo y defensor de los débiles.

La sensibilidad despierta la preocupación, hace abrir bien los ojos para descubrir todo desorden y toda posibilidad de bien, potencia la audacia siempre necesaria y da y mantiene la ilusión apostólica en la acción. No puede prescindirse de ella en la construcción de un orden social de espíritu cristiano. Y esta sensibilidad arranca de la fe en Jesús y de la de su propio Corazón.

50. Cfr. *L'Oss. Rom.*, 17-X-1975.

51. JUAN PABLO II, *Discurso a los representantes de las organizaciones católicas en México* (29-I-1979), *L'Oss. Rom.*, 31-I-1979.

2. *El amor de Jesús*

a) *El amor que nos tiene Jesús y que penetra en nuestros corazones*

En la primera parte de este estudio, al tratar del tema en su globalidad y referirlo al misterio de la Iglesia, que es «en Cristo como un sacramento»⁵², ya he deducido que el mismo amor que late en el Corazón de Jesucristo está actuando en nuestra acción de ordenación social, y he explicado que el amor de Jesús conecta con el nuestro por el Espíritu Santo que El nos envía. La presencia misteriosa del amor divino en persona, que como en un templo habita en la Iglesia y en nuestro interior⁵³, es lo fundamental de la influencia de la caridad de Jesucristo y nuestra, en la ordenación social. Ahondemos ahora en este misterio.

En este profundo entronque vital del Corazón de Jesús con los nuestros —gran misterio, sólo balbuceable con palabra humana—, podemos de algún modo decir que el gran amor de Jesús se oscurece, se debilita y, a veces, se mancha por nuestro egoísmo, jamás del todo erradicado de nuestro pequeño corazón. Es la nueva humillación del Corazón de Jesús. Pero aun así tiene fuerza para mover nuestro empeño y nuestra acción en busca de una convivencia fraterna para todos los hombres. Esta, pues, se realiza en el amor de Jesús, entendiendo aquí el amor que realmente está en su Corazón y penetra en el nuestro.

Por otra parte, la presencia del Espíritu, que es el «otro Paráclito»⁵⁴, según la palabra de Jesús, hace que Jesucristo «habite por la fe en nuestros corazones»⁵⁵. El Cristo que sólo se mueve a impulsos del amor, convive así con nosotros. En consecuencia, despierta en nosotros un afán de imitación del Maestro de amor. Es otro aspecto de la presencia del gran amor divino en nuestro pequeño corazón humano. Ello conlleva un impulso orientado hacia una correcta ordenación social, la cual va realizándose a través de nuestros actos imperados por el amor de Jesús, es decir, por el amor que aprendemos de El en su escuela de pedagogía activa, que tiene su aula en nuestro propio corazón.

La vivencia del amor abre espontáneamente toda la vida interior

52. LG, 1.

53. Cfr. LG, 4.

54. Jn 14, 16.

55. Ef 3, 17.

a los pensamientos, deseos, querer, proyectos, planes, etc., del amado. Así, pues, al contemplarnos amados por Jesucristo, por el camino de la gratitud llegamos al amor que nos compenetra con El. Este amor abre, pues, nuestro corazón a la Palabra, verdadero protagonista de lo que realiza la Iglesia. Es de observar que en los Hechos de los Apóstoles se atribuye directamente a la Palabra de Dios, en su concepto pleno, lo que nosotros predicamos de la Iglesia⁵⁶. Esta Palabra nos revela el designio de Dios, que por la fuerza de la misma Palabra se actúa. Esta es la Palabra que hoy el Espíritu recuerda, desarrolla y, a modo de semilla, introduce en nuestros corazones, según la promesa del Señor. Así, la Palabra, iluminadora y efectiva, cuando es recibida por nosotros produce la acción decidida y eficaz de la Iglesia y de los cristianos, es decir, la acción en el Espíritu, ya testimonial, ya realizadora, del Evangelio, con gran repercusión en la ordenación social.

Esta base teológica del amor cristiano explica nuestra ambición humanamente desmedida en todos los aspectos de la vida individual y social. Somos hombres ordinarios con pretensiones extraordinarias, como nos definía un sabio indio. En ello no hay desequilibrio, pues en nosotros vive el Espíritu de Jesús, realmente extraordinario. Al mismo tiempo, lo sobrenatural que alienta esta vivencia cristiana nos da fuerza, audacia y valentía para encararnos con la cruda realidad, en las acciones que brotan del gran amor que anida en nuestros débiles corazones.

b) *La acción del amor en la ordenación social*

El amor tiene un rico desenvolvimiento en la convivencia humana. Su intención básica se traduce en la búsqueda de unas líneas y de unos objetivos concretos; su vivencia florece en un estilo de vida y en un testimonio, y su potencialidad se desarrolla en un servicio universal y permanente. Este amor es el gran factor de nuestra realización como cristianos.

Amor, justicia y misericordia

El amor, como estimación profunda de la persona, ante todo atiende a todos los derechos del prójimo. Un amor que los descuidara —peor si los negara—, no sería cristiano. No llegaría siquiera a auténtico amor personal humano.

56. Cfr. C. MARTINI, *Parola di Dio e vita quotidiana*, p. 18.

Hablamos aquí de la justicia en su sentido profano o ético, no en el de la Sagrada Escritura, donde tantas veces justicia significa la salvación llevada a cabo por el Señor y recibida en nosotros por la gracia del Espíritu. La justicia como virtud moral tiene como primer objetivo dar a cada cual lo suyo, lo que por su ser y en su circunstancia concreta le corresponde. Es la justicia que se reivindica ante los tribunales humanos, y de la que deberá un día responderse también ante el tribunal de Dios. Pues bien, ninguna posterior consideración del amor puede rebajar la exigencia de esta justicia, ni siquiera con el pretexto de que por otro camino queda suplida con ventaja; jamás podrá ser negada u olvidada. El amor está ahí, ante todo para reclamar esta justicia, para servirla con su urgencia y protección y —además— para darle un suplemento de alma.

La justicia es un factor indiscutible y principal del orden social. Muchas veces se ha glosado en este sentido la frase bíblica: «la paz es obra de la justicia»⁵⁷. Sin embargo, en la realidad, el establecimiento de la paz por la justicia presenta dificultades graves, y no llega a lograrse, aun siendo buscada con indiscutible buena intención. Ante todo, la dificultad está ya en fijar en cada caso concreto lo que debe exigirse por razón de justicia. Lo concreto a veces es muy complejo, y no es fácil casarlo con los principios simples. Una concesión que parece en principio justa para uno, puede redundar en injusticia para otro. Bien lo saben los jueces humanos, que a menudo se contradicen en sus sentencias.

En segundo lugar, es débil una paz que sólo se basa en la justicia, en cuya reivindicación frecuentemente más actúa como móvil el egoísmo del perjudicado que un deseo virtuoso de equidad. Una sociedad sólo o principalmente entretejida a base de simple equilibrio de intereses, carece de calidad y está expuesta a muchas quiebras. Dice a este propósito Juan Pablo II: «Un mundo del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así, los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes, o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros»⁵⁸.

Además, la justicia, que por razón de claridad y eficacia reclama

57. Is 32, 17.

58. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 14.

una codificación, no puede atender a priori a todas las situaciones de desorden social. Siempre hay deficiencias y miserias, a menudo muy dolorosas, que se resisten a entrar en los moldes formulísticos de la justicia legal. Cada día van apareciendo sorprendentemente en el devenir histórico, más allá de todos los cuadros legales previstos⁵⁹.

Será, pues, convenientísimo, si no necesario, dar a la misma justicia un fundamento y un alma, una nobleza superior a ella misma que, al propio tiempo, sea pista más ancha que la que abren los postulados ciertos de la justicia estricta. Todo eso lo proporciona el amor. Con esta compañía, que no ensombrece la justicia sino que la potencia, la justicia podrá, prudentemente, aventurarse a presentarse como protagonista de una auténtica paz en la realidad del mundo de pecado y de redención en que en verdad vivimos. El recurso a la sola justicia puede partir de una visión sólo natural y teórica del hombre, y de un optimismo que hay que estimar ingenuo desde la realidad empírica y, aún más, desde el evangelio. Mons. Escrivá de Balaguer ha expresado esta idea con especial claridad: «Convenços de que únicamente con la justicia no resolveréis nunca los grandes problemas de la humanidad. Cuando se hace justicia a secas, no os extrañéis si la gente se queda herida: pide mucho más la dignidad del hombre, que es hijo de Dios. La caridad ha de ir dentro y al lado, porque lo dulcifica todo, lo deifica: Dios es amor»⁶⁰.

El evangelio nos lleva por el camino del amor de modo muy explícito. Hay muy poca regulación de la justicia humana en labios de Jesús (incluso se inhibe cuando es solicitado como juez entre los dos hermanos pleiteantes). Proclama un orden que va más allá. En este sentido hay una contraposición (que no es contradicción) entre la predicación justiciera del Bautista y la moral de Jesús; ésta es abierta decididamente a la convivencia por el amor. El amor, alma de esta nueva ordenación social, es un amor de misericordia. En la actual situación de la humanidad, esta misericordia bíblica es «la dimensión indispensable del amor, como su segundo nombre y, a la vez, el modo específico de su revelación y actuación»⁶¹.

La acción, que ordena al hombre en cuanto social, debe concebirse en consonancia, coordinación y conexión con el plan divino de salvación total del hombre. Esta salvación se concreta en una alianza de Dios con los hombres, mantenida de su parte a pesar de nuestros pecados, y tiene su inspiración y concreción en el amor divino de

59. Cfr. *Ibidem*, 5.

60. J. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Amigos de Dios*, 2.^a ed. (Madrid 1977), p. 253.

61. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 8.

misericordia. Cuando, después, Jesús restablece y sublima esta alianza por el sacrificio pascual, se mueve también por este amor divino de misericordia hacia los hombres. Dios Salvador es el Dios de la misericordia. Gracias al ejercicio del amor de misericordia, que está en el Corazón de Dios y en los nuestros, alcanzaremos la plenitud final. Todo está enmarcado y empapado por la misericordia. Sería disonante que los hombres pudieran vivir esta alianza y esta salvación, y sacarle las consecuencias para la ordenación social dejando al margen el amor de misericordia. Oigamos una vez más al Papa: «En el cumplimiento escatológico la misericordia se revelará como amor, mientras que en la temporalidad —en la historia de pecado y de muerte— el amor debe revelarse ante todo como misericordia y actuarse en cuanto tal. El programa mesiánico de Cristo —programa de misericordia— se convierte en el programa de su pueblo, el programa de la iglesia»⁶².

Por lo dicho, en el mismo misterio redentor hemos de buscar la definición clara de esta misericordia. En Dios la misericordia es la absoluta fidelidad de Dios a su propio amor, a la alianza que ha querido establecer desde la eternidad y ha realizado en el tiempo⁶³. En otras palabras: la misericordia es la seriedad, la hondura y la perseverancia del amor a los que son deficientes, afectados por la miseria en algún grado y modo. Esto aparece muy claro aplicándolo a la misericordia de Dios y a la que late en el Corazón de Jesucristo. Así hay que concebirla también en los corazones cristianos cuando se aplica a las relaciones con el prójimo, al que hay que amar de verdad, siempre y a pesar de cualquier contingencia —aun cuando el otro es culpable—, cuando el hecho ofrece justificación humana o pretexto al abandono del trato de amor. El cristiano, al creer firmemente en Jesús, confía de verdad en la ley del amor con su vertiente ineludible de misericordia, aunque las realidades humanas le inviten y tienten fuertemente a desconfiar de la razón y eficacia de este camino.

Cuando el Papa proclama estas verdades profundas y prácticas, no desconoce «la mala prensa» que tiene la misericordia en el mundo de hoy. Superficialmente se teme que, amparándose vistosamente en la misericordia, se orillen las exigencias de la justicia. No han faltado ejemplos históricos en los que se ha plasmado esta gran estafa moral⁶⁴. Si auscultamos la cultura de hoy, encontramos algo más. El hombre actual ha sido formado por los 'maestros de la sospecha', y considera el lenguaje de la misericordia y su mensaje como superado. Marx, Nietzsche,

62. *Ibidem*.

63. Cfr. *Ibidem*, 9.

64. Cfr. *Ibidem*, 2 y 6.

che y Freud —sin olvidar a Hegel— han creído descubrir en la imagen de una divinidad misericordiosa, así como en determinadas ideas evangélicas como el perdón o la compasión, esclavitud, sacralización de la desigualdad, humillación personal y aceptación ciega de un poder dominante.

En su respuesta a estas objeciones que, aun sin citarlas, están, sin duda, en su pensamiento⁶⁵ el Papa explica la auténtica grandeza de la misericordia en Dios y en nuestros corazones. Las sospechas contra la misericordia nacen de un error: «se la considera como un acto o proceso unilateral que presupone y mantiene las distancias entre quien practica la misericordia y el que es gratificado»⁶⁶. Visto, equivocadamente, así, es lógica «la pretensión de liberar de la misericordia las relaciones interhumanas y sociales y basarlas únicamente en la justicia»⁶⁷. Pero la verdadera misericordia es otra cosa: es un acto de amor puro (que, al ser puesto por creatura, ha de ser humilde), por el cual, mientras al ejercer el amor, por una parte, nos perfeccionamos, por otra, al volcarlo sobre el «mísero» proclamamos su dignidad de persona que merece ser atendida y, si es preciso, recobrada en la medida en que hubiera quedado eclipsada o destruida. Enaltecemos, pues, al que recibe misericordia, y él mismo nos hace merced de poder crecer en perfección, al ofrecernos la oportunidad de amarlo realmente así. Por otra parte, ningún hombre que hoy hace misericordia a otro puede estar seguro de que mañana no necesitará la misericordia del mismo. La misericordia es una espléndida y necesaria afirmación de la dignidad de la persona y, por ende, tiene un gran potencial de ordenación social.

Es verdad que esta consideración no puede pasarse sin más a la misericordia que realiza Dios y que está en el principio de la nuestra. La distancia entre Dios y la creatura tiene sus exigencias. Pero, aun así, podemos encontrar una analogía válida que nos permita saltar hasta la misericordia de Dios para entender en profundidad la reciprocidad de esta modalidad del amor. Cuando Dios hace misericordia actúa a fondo su amor infinito, sin recibir ni acrecentar su perfección en sentido propio. Pero al ejercer la misericordia refleja mejor la infinita perfección de su amor, aumenta su gloria extrínseca y «se supera»: «produce» bienes aun mejores que en la misma acción creativa. Juan Pablo II, en su magnífico comentario de la parábola del hijo pródigo, subraya reiteradamente la «alegría» del Padre, conciencia de

65. Cfr. *Ibidem*, 2.

66. *Ibidem*, 14.

67. *Ibidem*.

que algo muy bueno acontece, que le afecta; un gran bien es «hallado de nuevo»: el hijo recobra su dignidad, «vuelve a la verdad de sí mismo»⁶⁸. La misericordia realiza algo muy grande que «alegra» al mismo Dios, beneficia al hombre y proclama su dignidad y grandeza de hijo del Padre. Al ceñirnos a la misericordia que realizamos nosotros —creaturas en camino de perfeccionamiento real—, no debemos olvidar que nuestra misericordia refleja la que está en el mismo Dios. Realizada la misericordia desde el amor y con base en la humildad, también enaltece en significación y en realidad la dignidad de las personas —de la que hace y de la que recibe la misericordia— y, con ello, perfecciona a ambos y facilita su relación interpersonal y el orden social.

Así entendida la misericordia, se nos abre fácilmente el camino para unir en síntesis amor misericordioso y justicia, como factores de la ordenación social. Lejos de excluirse, se reclama mutuamente y en la actuación conjunta reflejan el mismo misterio de Dios salvador: «la inescrutable unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en la que el amor, conteniendo la justicia, abre el camino a la misericordia que, a su vez, revela la perfección de la justicia»⁶⁹. Ya en la Suma, santo Tomás dijo con frase lapidaria que en Dios «la misericordia es cierta plenitud de la justicia»⁷⁰.

Así, la necesidad de un amor con la connotación de la misericordia, que antes ya hemos vislumbrado en una consideración sólo empírica de la sociedad humana, la establecemos definitiva y gozosamente en sintonía con la normativa evangélica, que se expresa no sólo en la enseñanza moral de Jesús sino en el mismo misterio de la salvación. Con plena conciencia de estar en la verdad podemos proclamar con Juan Pablo II que «el mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, únicamente si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales, junto con la justicia, el amor misericordioso, que constituye el mensaje mesiánico del Evangelio»⁷¹.

Por todo lo cual, contribuirá poderosamente a la construcción de una sociedad bien ordenada, la realización de las tres conclusiones del Papa en su reciente documento: profesar la misericordia como verdad salvífica, necesaria para la coherencia con la fe, sin complejos ni reticencias; introducirla y encarnarla en nuestra vida de cristianos en todas sus facetas; recurrir a la misericordia de Dios, implorando su

68. *Ibidem*, 6.

69. *Ibidem*, 8.

70. S. TOMÁS, *Summ. Theol.* I, p. 21, a. 3 ad 2um.

71. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 14.

auxilio amoroso ante las indigencias de la humanidad, débil y pecadora.

El estilo del amor

El amor cristiano tiene sus propias expresiones, que dan a quien lo vive de verdad un estilo de vida, reflejo del mismo Jesucristo, manso y humilde de corazón, y que traducen en lo humano aquella misericordia que caracteriza el amor de Dios ⁷².

Este amor misericordioso en persona —el Espíritu Santo— habita en los corazones humanos que lo reciben, penetrando en ellos como una semilla que tiene su propia fructificación en la vida del hombre. El texto fundamental está en la carta a los gálatas, 5,22. Pablo expone este fructificar del Espíritu sirviéndose de palabras y conceptos de la cultura de su época (principalmente tomados de la filosofía estoica); pero les da un sentido superior, como corresponde a su relación germinal inmediata con el Espíritu. Las mismas vivencias que expresan el fructificar del Espíritu, aparecen también en otros escritos paulinos como materia de exhortación y camino de realización cristiana en responsabilidad personal. Su contenido global sintoniza con el elogio de la caridad, donde esta virtud —primera floración del Espíritu en la carta a los gálatas— aparece adornada de cualidades que son asimismo fruto del Espíritu y virtudes que el cristiano ha de practicar esforzadamente. Recogiéndolo en síntesis, podemos decir que hay un estilo de vida cristiana que arranca del Espíritu, se centra en la caridad y se desarrolla en responsabilidad.

El P. Martini, que ha visto en los frutos del Espíritu una base para un proyecto de hombre y de comunidad, los encuadra en las tres categorías fundamentales que definen al hombre bíblico en su vida de relación y en el aspecto social: el corazón, centro de la vida personal (al que refiere el amor, la paciencia y la fidelidad, que entiende como capacidad de dar confianza y de crear clima propicio en la comunidad), la boca, que es el modo de expresarse y de conversar y tratar con el prójimo (al que miran los frutos del gozo, la benevolencia y la mansedumbre) y las manos, que constituyen el principio inmediato del obrar (a las que vincula la paz —que es convivencia ordenada—), la bondad o servicialidad y el dominio de sí, también necesario para el respeto de los derechos ajenos ⁷³.

72. Cfr. *Ibidem*, 4, nota n. 52.

73. Cfr. C. MARTINI, *I Frutti dello Spirito nella antropologia paulina*, en *Servitium* 1 (1979), Series III, pp. 5-12.

La importancia de los frutos del Espíritu en la ordenación social se descubre con sólo considerar la dimensión social de estas actitudes personales, de este trato con el prójimo y de estas obras en el mundo humano. Es verdad que este estilo tiene especialmente facilitada su realización en la relación de persona a persona, en los grupos pequeños, especialmente en los grupos primarios en los que la relación interpersonal prevalece sobre la funcional. Entonces, muchas veces el resultado de esta convivencia de pocos no tiene gran repercusión en la ordenación general de la sociedad. Pero ¿acaso no es un auténtico y básico problema de ordenación social la «nueva soledad» de la civilización urbana? ⁷⁴. La solución de este problema pasa indudablemente por la actuación de los frutos del Espíritu Santo, capaces de crear «nuevos modos de proximidad en auténtica convivencia» ⁷⁵. Además, no por poco espectaculares las pequeñas acciones de la relación interpersonal dejan de ser importantes para la vida social. La fermentación evangélica del mundo no sólo la realizan los que tienen en sus manos las grandes decisiones del orden social general; cada cual puede aportar con su pequeña acción, y esta contribución a veces tiene más trascendencia de lo que se puede prever mirándola en sí misma y en su propio momento. El enlace histórico de pequeños actos da sorpresas.

Además —según el dicho evangélico—, sólo a partir del servicio pequeño bien realizado se nos confía lo grande; desde las realizaciones pequeñas se llega a las grandes, como en círculos concéntricos o en espiral que va abriéndose. Cada pincelada hace cuadro. Este estilo, así aprendido en las cosas pequeñas, se prolonga connaturalmente a las actuaciones de la vida social, de mayor amplitud de contenido, donde el amor de misericordia viene también plasmado en estos frutos del Espíritu Santo. Como dato de interés señalamos que en la maravillosa explicación de la parábola del Hijo pródigo —como antes hemos recordado—, Juan Pablo II habla cuatro veces de la alegría del Padre al hacer misericordia: el gozo es uno de los frutos del Espíritu que dan más tono cristiano a la vida, al decir de San Pablo ⁷⁶. Es una alegría a toda prueba, capaz de subsistir en medio del fracaso aparente, de la tribulación y del cierre de horizontes humanos.

Una acusada mirada al texto citado de la carta a los gálatas nos advierte sobre la inutilidad de una estructuración legal o de una sola formulación moral donde falta este estilo amoroso de convivencia. Pablo contrapone la fructificación del Espíritu a las «obras de la car-

74. PABLO VI, *Octogesima adveniens*, 10.

75. *Ibidem*.

76. Cfr. Phil 4.

ne», entre las que enumera pecados de indudable carga de insolidaridad⁷⁷. En el contexto de la carta está claro que quienes así obraban «carnalmente» eran los judaizantes. Así pues, Pablo dice que las normas morales o legales contrapuestas a la apertura al Espíritu fructificador, a las que se aferraban los judaizantes, no sólo eran insuficientes o inútiles para la convivencia, sino gravemente contrarias a la misma: producían obras de insolidaridad. Adviértase que tal normativa era una interpretación de la misma ley de Dios. Si aun arrancando de la ley divina se cae en insolidaridad sin la fructificación interior del Espíritu, ¿de qué va a servir, al margen del amor en el Espíritu santo, una ideología o moral puramente humanas en su base y desarrollo? No decimos que todo eso sea inútil: sólo insuficiente y peligroso; esto basta. En el actual orden de providencia, quien impulsa la convivencia es Jesús presente entre nosotros por el Espíritu, y no se puede prescindir de este dato fundamental sin riesgo de correr en vano e, incluso, de alejarse de las metas de la convivencia, hacia las cuales se quiere correr con sinceridad.

Amor testimonial

El amor espontáneamente operativo es el alma del testimonio cristiano. El Concilio nos ha recordado que el testimonio es simultáneamente de palabra y de vida. Al de palabra se refería el Señor al decir que de la abundancia del corazón habla la boca. Del de vida, dice el Concilio que se da por «irradiación de la fe, la esperanza y la caridad»⁷⁸.

El contenido del testimonio es el mismo Jesús, como resucitado: «constituido Señor y Mesías»⁷⁹. Es nuestro Señor Jesucristo, que vive, reina y nos ama por los siglos de los siglos. Pero este acontecimiento no está sólo en el exterior del cristiano, sino también en su propio interior. En la vida interior centrada en la caridad, que se recibe permanentemente del Espíritu, el cual da una señorial, amorosa e impulsora presencia del Mesías Jesús en nuestro corazón.

El amor constructivo de la comunidad humana no sólo actúa a través de las operaciones con su propia efectividad y consecuencias prácticas, sino también por su propia exhibición modesta, pero auténtica. Así, sea el cristiano en particular, sea la Iglesia, dan el llamado testimonio de vida. No se trata simplemente de dar un buen ejemplo,

77. Gal 5, 16-25.

78. LG, 31.

79. Act 2, 36.

reducible siempre al orden moral. Se trata de testificar, es decir, de dar a conocer, con fuerza de expresión, el acontecimiento de la presencia amorosa y operativa de Dios Salvador, que va realizándose en el mundo a partir y por gracia del paso de Jesús al Padre. Este testimonio tiene efectividad como tal y completa y da credibilidad al testimonio de palabra.

El concepto de testimonio tiene una singular relación con el de profecía. «El Pueblo santo de Dios participa de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio vivo sobre todo con la vida de fe, de esperanza y de caridad...»⁸⁰. La profecía arranca del mismo punto de partida que el testimonio: la Pascua del Señor. Jesús en este momento trascendental culmina su revelación y queda establecido como foco de luz para alumbrar todas las situaciones humanas de la historia futura⁸¹. Ya no serán necesarios pequeños profetas al estilo de los del Antiguo Testamento, que vayan dando chispas de luz divina en los momentos difíciles y confusos del Pueblo de Dios. La luz está ya permanentemente encendida: es Jesucristo, y en esta luz viva, que jamás se apagará, tenemos la clave para interpretarlo todo⁸². Por su luz, que es El, tenemos una profecía superior a la de la antigua alianza, y así podemos perpetuar su misión profética, toda ella inspirada en el amor.

La Iglesia y cada cristiano, en su empeño de ir construyendo progresivamente el orden social que Dios quiere, deberán mirar con ojos de fe al Señor, como hemos explicado al hablar de la relación de la Persona de Jesús con la ordenación social. Sin embargo, no ha quedado inútil el Antiguo Testamento, y la voz de sus profetas —palabra de Dios para siempre— es escuchada por los cristianos y leída en la Iglesia. Estos profetas hablan frecuentemente del orden social con sus exigencias. Estas luces proféticas válidas, pero sólo inicio de la iluminación divina del mundo, han de ser, a su vez, iluminadas por la luz superior y definitiva de Jesucristo. Incluso deberán ser corregidas en algún sentido. Jesús no corrige los contenidos en cuanto expresan los principios del designio de Dios sobre los hombres y la sociedad; pero sí ciertas concreciones (condicionadas por situaciones históricas muy distintas de las actuales), algunos modos de realizar la justicia (hay cierta violencia en el Antiguo Testamento que, bajo la caridad de Jesucristo y la ley evangélica, es inadmisibles) y los horizon-

80. LG, 12.

81. Cfr. DV, 4.

82. Cfr. GS, 10.

tes de esperanza (pues las del Nuevo Testamento son abiertamente trascendentes).

A este respecto hay que decir algo sobre la denuncia profética, que prodigan los profetas del Antiguo Testamento, que está también en el corazón y los labios de Jesucristo, y que en nuestros días tiene frecuente aplicación en la tarea de la ordenación social. Es necesario un afinado sentido crítico para avanzar en tarea de tanta complejidad y en la que están implicados tantos intereses. El concepto de denuncia profética ha entrado con pleno derecho en los documentos del magisterio. Juan Pablo II ha dicho en Brasil: «En virtud del anuncio evangélico, cuando el hombre es conculcado en su eminente dignidad, cuando se mantiene o prolonga su postración, la Iglesia denuncia. Es parte de su servicio profético. Denuncia todo lo que se opone al plan de Dios e impide la realización del hombre. Denuncia para defender al hombre herido en sus derechos, para que se restañen sus heridas y para suscitar actitudes de verdadera conversión»⁸³. Adviértase cuál es la finalidad de la denuncia, que implica una intención y vivencia de amor respecto a la víctima del mal denunciado y respecto del causante del mismo.

No han faltado excesos en este punto. En algunos ambientes tanto se ha ejercitado la denuncia profética, que se ha llegado a una verdadera inflación. Siempre hay tema: ¡son tantas las cosas que no van como Dios quiere! Más aún, hay quien se siente tan satisfecho luego de denunciar con fuerza lo incorrecto, que ya se considera dispensado de seguir en su empeño con actuaciones menos resonantes pero más constructivas. Así se ha llegado a dar una imagen de Iglesia-lamento, en lugar de ofrecer la de la Iglesia-fermento. El Papa ha precisado que la denuncia ha de estar acompañada por los hechos: «Para el cristiano no basta la denuncia de las injusticias. A él se le pide ser testigo y agente de justicia. El que trabaja tiene derechos que ha de defender legalmente pero también deberes que ha de cumplir generosamente. Como cristianos estáis llamados a ser artífices de justicia y de verdadera libertad, a la vez que forjadores de caridad social»⁸⁴. Una vez más, en la ordenación humana se unen justicia y caridad.

Soy de la opinión de que la misma expresión «denuncia profética» podría ser provechosamente revisada, lográndose un nuevo planteamiento del mismo concepto. Llamarlo «profecía de denuncia» no sería un simple cambio de orden en las palabras, sino un enfoque nuevo.

83. JUAN PABLO II, *Alocución al CELAM* (2-VII-1980), *L'Oss. Rom.*, 4-VII-1980.

84. JUAN PABLO II, *Discurso en Guadalajara (Méjico)*, (30-I-1979), *L'Oss. Rom.*, 1-II-1979.

Se recordaría mejor que la fuerza profética nos ha sido dada en orden a anunciar el evangelio. Eso es lo sustancial de la profecía. El modo es accidental: hay anuncio en positivo y anuncio en negativo, es decir, a través del rechazo de lo que se opone al evangelio. Este segundo modo es la denuncia. El anuncio positivo mira directamente lo que la denuncia ha de buscar por rodeo; pero la denuncia se ciñe más fácilmente a lo concreto. Se complementan. En uno u otro modo hay que procurar que la actuación profética se acompañe de la acción, imite al gran Profeta que «hizo y enseñó»⁸⁵. Ha de asegurarse siempre la fidelidad al evangelio, sin favorecer las ideologías o los sistemas económicos y políticos, que frecuentemente quieren sacar tajada del conflicto que suscita la actuación profética de la Iglesia y del cristiano⁸⁶; esto debe considerarse atentamente cuando se trata de denunciar. Sobre todo —en el anuncio y en la denuncia—, ha de realizarse a impulsos de la caridad, que en sí es operativa más que crítica⁸⁷, recordando siempre que pretendemos construir una ordenación en fraternidad de justicia y amor.

Así, el amor de Jesús, traducido en testimonio de palabra y de vida, en profecía y en acción, desarrollará con realismo su intención de ordenación social según el plan de Dios y hará efectivo el evangelio del amor al desplegarlo en lo concreto de la historia de la humanidad.

Amor total en extensión, tiempo y servicio

El amor cristiano, que tanto ha de influir en la ordenación social, tiene un horizonte universal y exige perseverancia y servicio a toda prueba.

Si el término propio del amor es el hombre y, derivadamente, la agrupación humana recibe los efectos de este amor, es preciso que quien ama a todos crea en la posibilidad de ser correspondido por los hombres a los cuales ama: por esta correspondencia el amor influirá a fondo en la sociedad. No se trata simplemente del justo afán de ser correspondido en el amor. Esto está ya asegurado en el amor cristiano, pues en el prójimo a quien amamos vemos a Jesús. Nuestro amar es una correspondencia al amor de quien nos amó primero. Además, cada uno de nuestros actos de amor al prójimo es aceptado

85. Act 1,1.

86. Cfr. JUAN PABLO II, *Alocución al CELAM* (2-VII-1980), *L'Oss. Rom.*, 4-VII-1980.

87. Cfr. Gal 5,6 y 1 Cor 13,4-7.

por Jesús como expresión de amor a El, aunque tenga realizaciones tan pequeñas: Lo que ahora importa es buscar también la correspondencia por parte de los hombres, para poder así lograr los efectos sociales del amor cristiano.

El cristiano no podrá mantener la tensión del esfuerzo si no cree que puede ser correspondido y ayudado por aquellos con quienes comparte la vida social. El mismo amor le acompaña en esta esperanza. El amor todo lo espera⁸⁸. Juan Pablo II, en la visita a los encarcelados en el Brasil, les decía: «En vosotros encuentro personas humanas y sé que toda persona humana corresponde a un pensamiento de Dios. En tal sentido, todo ser humano es fundamentalmente bueno y hecho para la felicidad... encuentro en vosotros hombres redimidos por la sangre preciosa de Jesucristo... que os ofrece la mayor alegría del mundo: saber amar y sentirse amado...»⁸⁹. Esta confianza en el hombre alienta con fuerza singular en el amor de misericordia —al recordarnos que Dios nos ha amado a pesar de nuestra miseria y así, miserables, hemos correspondido— y es un ingrediente necesario en el optimismo cristiano que apoya la audacia de empeñarse en hacer un mundo mejor, a pesar de todo.

Las dificultades de las obras humanas suelen aumentar al subir la bondad y ambición de las mismas. La deficiencia humana, la miopía espiritual, la malicia del hombre y el espíritu del anticristo, que anda por el mundo, se oponen con fuerza. Estos «adversarios» a veces consiguen éxitos inmediatos que conllevan fracasos nuestros en la ordenación social. Entonces el amor, más fuerte que la muerte, ha de sacar a flote toda su energía y sostener una perseverancia sin desmayo. El dolor y el fracaso inmediato que tantas veces acompaña la lucha del amor, no ha de sorprender al creyente. El Señor ha dicho reiteradamente que en nuestro camino —que es camino de amor, pues éste es el único mandamiento— encontraremos la cruz: cuando aparece podemos quejarnos (porque somos débiles), pero no podemos sorprendernos (porque conocemos el evangelio). Más aún, sabiendo que no hay redención sin derramamiento de sangre, nos apresuraremos a vivir y superar la dificultad con una superior comprensión de la cruz y con la gran esperanza que va aneja a la cruz, a la luz del misterio pascual.

El servicio que el amor exige de continuo, ha de tener la amplitud de la misma salvación de Jesús, siervo del Padre y servidor de la

88. Cfr. 1 Cor 13,7.

89. JUAN PABLO II, *Discurso en Brasilia* (1-VII-1980), *L'Oss. Rom.*, 3-VII-1980.

salvación total a los hombres. La escena inicial de la cena pascual presenta paradigmáticamente a Jesús en el momento en que el amor con que nos amó alcanza su cumbre de expresión, sirviendo a los apóstoles en un lavatorio de los pies que significa, al mismo tiempo, la humildad del servicio y la trascendencia de una purificación superior, a realizar a precio de sangre. Estilo y contenidos del servicio de amor que han de estar claros en el esfuerzo de liberación integral que ordena a fondo, con amplitud y a través de medios verdaderamente evangélicos, la sociedad humana.

c) *El amor, realización del cristiano*

Si la sociedad está en definitiva al servicio de la persona humana, nos falta considerar cómo esta orientación, motivación, impulso y acciones del amor que constituyen un orden social, nos realizan a nosotros mismos a través del mismo empeño en este quehacer y misión.

Ante todo, la propia vivencia del amor en el corazón y en las manos, es factor primordial de perfección. La vida crece al desenvolverse. Si en el orden biológico esto tiene la contrapartida del desgaste corporal, en el orden espiritual no acontece lo mismo. La teología suele reflexionar sobre esta verdad desde la vertiente del mérito de la buena obra, que acrecienta la santidad. No hay duda de que el cristiano se realiza como tal en todo cuanto es expresión auténtica de caridad. Más aún, lo experimenta. Este es el sentido de la frase que San Pablo atribuye al mismo Señor: «hay más dicha en dar que en recibir»⁹⁰.

Repercute favorablemente sobre el cristiano el mismo orden que él promueve, y dentro del cual él realiza su vida. Además, al trabajar junto a los demás y al quedar absorbidos los efectos de su obra personal en la vida social, se educa fácilmente en la humildad y se contrarresta la tentación de personalismo o afán de protagonismo y de vanidad, siempre latente en el corazón humano. Cuando la dificultad le prueba, la paciencia cristiana que ha de ejercitar promueve en su corazón la fortaleza y le recuerda la vocación a llevar la cruz con el Señor, en amor. Todo ello perfecciona su ser como cristiano y aun como hombre.

Se realiza, al mismo tiempo, como miembro de la Iglesia, pues ésta tiene despliegue y gloria en el servicio de caridad en medio del

90. Act 20, 35.

mundo, y la ordenación social es una realización espléndida de esta misión eclesial. Y la misión de la Iglesia es compartida, en algún grado, por todos sus miembros.

Pero la realización plena del cristiano y de la Iglesia está más allá de este mundo en el que estamos comprometidos. A ella se llega a través de un esfuerzo de amor que entre sus objetivos tiene la ordenación social que, a su vez, es como un ensayo de la ordenación perfecta del más allá. Esta se realizará por gracia del Señor, pero no al margen de nuestro esfuerzo de acá. También en la consecución de la sociedad celestial en perfecta paz, se realiza aquello que expresó San Cipriano, y que luego, en frase breve, recogió san Agustín: «Dios remunera con el don de su bondad y ternura lo que El mismo nos dio, y honra lo que el mismo realizó»⁹¹.

d) *La civilización de la verdad y del amor*

La palabra final ha de ser una referencia a la civilización del amor. En esta frase comprendió Pablo VI su visión ideal de una sociedad plenamente cristiana: «la soñada transfiguración de la humanidad, finalmente cristiana»⁹². Recogiendo sus mismas palabras, la civilización del amor es «fraternidad humana y convivencia concorde»⁹³ o «solidaridad, hermandad y dignidad de la persona humana»⁹⁴, es superación de toda discriminación o segregación (id.) y término «de las implacables luchas sociales»⁹⁵; activamente es «servicio a la justicia y firme voluntad de construir la paz»⁹⁶. En otras palabras: realización del programa de las bienaventuranzas evangélicas⁹⁷.

La civilización del amor será fruto espontáneo de la vida cristiana «coherente y activa», que se «refleja hasta públicamente en una forma de concebir y llevar a término nuestra existencia colectiva»⁹⁸. Nace, pues, de una adhesión «a la verdad y al amor»⁹⁹, pues «nada puede construir un mundo de amor sino el amor mismo, substancia única del vivir humano a escala cristiana»¹⁰⁰. El amor es la fuerza que hace

91. S. AGUSTÍN, *Epist.* 76, 4.

92. PABLO VI, *Mensaje de Navidad* (25-XII-1975), *L'Oss. Rom.*, 27-28-XII-1975.

93. PABLO VI, *Audiencia general* (15-IX-1976), *L'Oss. Rom.*, 16-IX-1976.

94. PABLO VI, *Discurso a los estudiantes de la Escuela Católica Romana* (25-II-1978), *L'Oss. Rom.*, 26-II-1978.

95. PABLO VI, *Mensaje de Navidad* (25-XII-1975), *L'Oss. Rom.*, 27-28-XII-1975.

96. PABLO VI, *Discurso a los estudiantes de la Escuela Católica Romana* (25-II-1978), *L'Oss. Rom.*, 26-II-1978.

97. Cfr. PABLO VI, *Homilia* (29-I-1978), *L'Oss. Rom.*, 30-31-I-1978.

98. PABLO VI, *Audiencia general* (7-I-1976), *L'Oss. Rom.*, 7-8-I-1976.

99. PABLO VI, *Audiencia general* (18-II-1976), *L'Oss. Rom.*, 19-II-1976.

100. PABLO VI, *Discurso* (20-V-1978), *L'Oss. Rom.*, 21-V-1978.

progresar a la persona y a la sociedad ¹⁰¹ que se despliega en una lucha continua, buscando «una paz activa y valiente, no estática y fría» ¹⁰², y que se supera de continuo «con generosidad, más aún, con su genio», en este certamen por la justicia ¹⁰³. La civilización del amor es como un desafío a la fe de los cristianos: «espera de continuo nuevos adeptos indefensos, pero invencibles» ¹⁰⁴.

Así entendida esta «atrevida» frase ¹⁰⁵, se comprende que Juan Pablo II diga que expresa «el fin al que deben tender todos los esfuerzos (de los cristianos) en el campo social y cultural, lo mismo que económico y político», en pro de una verdadera ordenación de la sociedad ¹⁰⁶. Juan Pablo II se ha referido también muchas veces a la civilización del amor, y en alguna ocasión ha ampliado el concepto llamándola «la civilización de la verdad y del amor» ¹⁰⁷. Parece que al añadir el concepto de «verdad» se integra mejor la persona de Jesús y la acción del Espíritu en esta «civilización del amor». Por lo menos, se evita que ésta se entienda como simple producto de una actitud del hombre que construye y ha de gozar de tal civilización, y que la civilización del amor quede en un plano sólo psicológico y social.

El concepto de verdad hay que entenderlo aquí a la luz de lo que el Papa ha proclamado reiteradamente: la verdad sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre. La «civilización del amor» se hace inteligible en profundidad y constituye una novedad superior a lo que puede darse por puras iniciativas humanas, porque previamente es «la civilización de la verdad», es decir, de Jesucristo, Hijo y Salvador enviado por el Padre misericordioso y que con el Padre nos da el Espíritu, que infunde el amor en nuestros corazones y nos une en Iglesia, a la que conduce a la plena verdad. Estos temas están muy subrayados en la «Redemptor hominis», que reitera por cuatro veces las citas de Jn 3,16 y 16,13, básicos en lo que estamos diciendo.

«La civilización de la verdad y del amor» es un concepto teológico profundo. No se trata solamente de cumplir una planificación de Dios respecto de la humanidad, sino de reflejar en ésta el mismo misterio trinitario, secundar la operación de las misiones de las per-

101. Cfr. PABLO VI, *Audiencia general* (14-I-1976), *L'Oss. Rom.*, 15-I-1976.

102. PABLO VI, *Audiencia general* (21-I-1976), *L'Oss. Rom.*, 22-I-1976.

103. PABLO VI, *Discurso a un grupo de obispos norteamericanos* (20-V-1978), *L'Oss. Rom.*, 21-V-1978.

104. PABLO VI, *Homilía* (8-V-1977), *L'Oss. Rom.*, 9-10-V-1977.

105. PABLO VI, *Audiencia general* (7-I-1976), *L'Oss. Rom.*, 7,8-I-1976.

106. JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 14.

107. JUAN PABLO II, *Homilía en Rio de Janeiro, a los hombres de la cultura* (1-VII-1980), *L'Oss. Rom.*, 3-VII-1980.

sonas divinas para la salvación integral del hombre, y entrar de lleno en el dinamismo de la mediación de Jesús. Así, y solamente así, conseguiremos que el hombre y la humanidad realicen «la verdad sobre el hombre». A partir de ahí tendremos la «civilización de la verdad y del amor», entroncada vitalmente con el mismo Dios Trino, lo cual es mucho más que una civilización sujeta a las normas de ética social dadas por el Creador y realizada por hombres moralmente buenos y filántropos entusiastas.

En el misterio de Jesús, con el consiguiente de la Iglesia en el Espíritu Santo, está el fundamento del verdadero y eficiente humanismo, capaz de desplegarse armónicamente en su triple vertiente individual (de perfeccionamiento propio), social (de convivencia en auténtica paz) y progresiva (de avance en lucha y victorias sucesivas). Jesús, con el amor que de su Corazón desciende a los nuestros por el Espíritu Santo, es el único camino que se ofrece al hombre y a la sociedad humana para correr hacia la consecución de la plenitud de bien, de orden y de paz que es posible en este mundo y que culmina en la vida futura.

III. APÉNDICE

Apunte sobre la cristología en el desarrollo de la sociología en la Iglesia, desde León XIII hasta Juan Pablo II

Como complemento a lo que se ha desarrollado hasta aquí acerca de los elementos cristológicos que entran en la ordenación social, nos atrevemos a dar un apunte acerca de lo que ha sido cuestionado al comienzo de la disertación: ¿hasta dónde se ha tenido en cuenta el misterio de Jesucristo en el tratamiento de los problemas de la ordenación social, tanto en el campo doctrinal como en el pastoral de la Iglesia?

Nos limitaremos a trazar un itinerario histórico-temático con unas consideraciones globales intercaladas, a partir de los documentos de León XIII. Este fue el momento en que la Iglesia —despertada por unos precursores insignes— empezó a afrontar de lleno los problemas que suscitaba en la ordenación social el cambio histórico originado por la revolución industrial, junto con las filosofías e ideologías del siglo XIX. Empezaremos por un recorrido histórico dividido en dos grandes etapas: antes y después del Vaticano II. En cada una de ellas, no sólo consideraremos los documentos magisteriales que directamente

tratan de problemas de orden laboral o político, sino también otras actuaciones magisteriales que tocan o rozan estos temas desde perspectivas abiertamente religiosas o intraeclesiales. Después atenderemos a la tarea realizada en el seno de la Iglesia para formar sociólogos así como hombres de acción en el campo social. Se concluye con un juicio pastoral global.

El tema podría desarrollarse con gran extensión, pues la materia es mucha, las circunstancias históricas son complejas y la temática corresponde a diversas disciplinas. Por lo cual —consciente de la limitación del trabajo y de la propia capacidad para desarrollarlo— he dicho que me atrevería a dar un apunte.

1. *El Magisterio antes del Vaticano II*

Empezar por la *Rerum novarum* parece obligado, por la importancia y trascendencia histórica de este documento en el tema que consideramos. En sus primeras páginas está presente la visión escatológica de la vida como principio de valoración de lo terreno; la exigencia de generosidad para con el prójimo en quien se refleja Jesús, según su propia palabra¹⁰⁸, y la valoración del trabajo desde el hecho de la vida de Jesús de Nazaret. La caridad tiene un papel importante en la ordenación social: «Si ambas (clases sociales: patronos y obreros) se atienen a los preceptos cristianos, no ya la amistad, sino un verdadero amor fraterno los unirá»¹⁰⁹.

Más a fondo que con doctrina e intenciones, la Iglesia actúa con sus medios sobrenaturales, que le dan entrada «hasta los senos más recónditos del corazón»¹¹⁰. Proclama que la preocupación por lo eterno no conlleva desatención a cuanto atañe a la vida mortal y terrena. Canta la eficacia de la caridad cristiana, que impulsa a entregarse al bien del prójimo; esta caridad se funda en el Corazón de Cristo, y en ningún otro lugar puede encontrarse.

Al final, el Papa insiste en la idea de la salvación por la caridad, ley que compendia el Evangelio y que es el más seguro antídoto contra la insolencia del mundo y el desmedido egoísmo. La idea es glosada con el himno de la caridad de la carta a los Corintios. La lectura de este final en el día de hoy, nos descubre tanto una consonancia con la «Dives in misericordia», de Juan Pablo II, como el progreso

108. Mt 25, 31-46.

109. LEÓN XIII, *Rerum novarum*, 18.

110. *Ibidem*, 20.

de los documentos del actual Papa en la visión profunda y específicamente cristiana de la ordenación social.

La *Quadragesimo anno*, que siempre debe estudiarse como continuación de la *Rerum novarum*, integra los temas de la caridad y del misterio de Jesucristo en sus páginas finales. Explica la función de la caridad, que «no puede considerarse como un sucedáneo de la justicia», pero que tampoco ha de ser soberbiamente rechazada. La sola justicia, por muy fielmente que se aplicare, no llegaría jamás a unir los corazones y las almas, lo que constituye el objetivo irrenunciable en la visión cristiana de la convivencia. Más aún, la ordenación social culmina en el Cuerpo místico de Cristo, que realiza la más profunda solidaridad. La confianza de victoria en esta lucha difícil, se apoya en el sentido evangélico de la militancia cristiana y en el auxilio de Dios, salvador de todos. Recuerda que «la caridad de Cristo es la única capaz de someter a la vez suave y fuertemente los corazones y las voluntades de los hombres a las leyes de la justicia y de la equidad»¹¹¹. Fija el objetivo del empeño eclesial sobre la ordenación social en el Reinado de Cristo. Aunque los problemas sociales en la encíclica son tratados partiendo de la realidad y con gran atención a las leyes de la economía y de la socialidad humana, no falta el acto de fe en Cristo y la llamada a la caridad, lo mismo que en León XIII.

El Radiomensaje de Pío XII a los 50 años de la *Rerum novarum* completa el tríptico fundamental de esta época, en el tema social-laboral. Reivindica el derecho de la Iglesia a «juzgar si las bases de un orden social existente están de acuerdo con el orden inmutable que Dios creador y Redentor ha promulgado por medio del derecho natural y de la revelación»¹¹². Esta explicación que, aun quedando en el orden ético, atiende ya a lo específicamente cristiano, es completada por una referencia a la convergencia de la naturaleza y de la gracia, con lo cual toca un punto teológico siempre fundamental en toda relación fe-ética o Iglesia-mundo. Recuerda el ideal del «espíritu social fraterno», de León XIII, que proclama «dimanado del Corazón del Redentor». A este Corazón divino hay que acudir y mirar, pues es quien recompensa «toda obra buena realizada en su nombre y por su amor en favor de los que sufren»¹¹³. Pío XII, en el aspecto que ahora nos interesa, está en la línea de sus predecesores.

Mirando de conjunto los tres documentos, podemos decir que

111. Pío XI, *Quadragesimo anno*, 142.

112. Pío XII, *Radiomensaje en los 50 años de la Rerum novarum*, 5, en F. RODRÍGUEZ, *Documentos sociales*, BAC (Madrid 1964), p. 866.

113. *Ibidem*, 27.

apuntan a tesis cristológicas importantes y, por consiguiente, sería injusto decir que se movieron en un plan exclusivamente moral o sociológico natural. Más aún, algunas referencias bíblicas intercaladas en estos documentos, se repetirán de continuo en el magisterio posterior, por ejemplo, Jesús identificado con el prójimo necesitado, y la caridad necesaria como ley y como don; además esta caridad se presentará siempre en conexión con la justicia, la cual por sí sola no podrá ordenar debidamente la convivencia humana. Siendo todo ello muy valioso, hay que señalar, sin embargo, que lo cristológico más bien aparece como oportunas complementaciones que como fondo o alma de los temas concretos que se estudian. A su vez, lo religioso —concretando en lo cristiano o no— está siempre como plataforma sobre la cual se apoya la moral y la ley natural. Tal vez donde se apunta más hacia una sociología cristológica es en la idea del Reinado social del Corazón de Jesús, fuertemente inculcada por Pío XI.

Juan XXIII en la *Mater et Magistra* realiza un gran avance en la cristologización de la doctrina social de la Iglesia. Ello fue reconocido con entusiasmo por los comentaristas del momento, algo triunfalista, que fue el inicio del pontificado del buen Papa Juan. Así, el presentador de la encíclica en el libro «Doctrina social de la Iglesia», publicado por la Comisión episcopal de apostolado social de España, dice: «Un soplo de vida sobrenatural anima todas las páginas de la encíclica. La Iglesia quiere infundir en el hombre la vida divina, vida que configure e informe todas las estructuras por las que discurre su trámite en este mundo temporal. Toda la encíclica es una prueba definitiva de la íntima conexión que existe entre la doctrina social católica y la concepción cristiana de la vida. Del binomio Dios y hombre, coronado por Cristo, brotan los principios económicos, social y moral que desarrolla el documento»¹¹⁴.

En efecto, la *Mater et Magistra*, ya en su primera página, pone el fundamento doctrinal teológico y cristiano al recordar que la doctrina de Cristo viene como a unir la tierra con el cielo, por cuanto toma al hombre todo entero. Diseminados en el documento aparecen los conceptos de solidaridad humana y cristiana fraternidad, caridad, Cuerpo místico, renacer y resucitar en Cristo, hombres hijos de Dios, elevación al orden sobrenatural, bienes supremos, Cristo como trabajador, virtud de la redención, etc. Afirma que la fe cristiana en sí misma lleva a colaborar en el perfeccionamiento de las instituciones

114. COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SOCIAL, *Doctrina Social de la Iglesia* (Madrid 1963), pp. 212-213.

temporales y a defender la dignidad de la persona humana. No deja de advertir que entre las dificultades para una buena ordenación social están el egoísmo de siempre, el materialismo dominante y a veces, la dificultad de descubrir en el caso concreto la exigencia exacta de la justicia (tema que reasumirá Juan Pablo II en la *Dives in misericordia*).

La *Mater et Magistra*, junto a la *Pacem in terris*, que luego consideraremos, abre camino para la *Gaudium et spes*. En la historia que estamos narrando es un momento muy importante.

* * *

Atendida la amplitud que hemos dado al concepto de ordenación social en nuestro trabajo, no quedaría esbozado el itinerario histórico de este medio siglo largo si prescindieramos de los documentos magisteriales que podríamos agrupar bajo el título de doctrina política, tomado este concepto con cierta amplitud.

León XIII fue pródigo en este tema, que dominaba con singular maestría, dentro de las coordenadas históricas de su época, y que tanto preocupaba a la Iglesia en los tiempos de declive del ideal de cristiandad. En el «*Quod apostolici muneris*», sobre el socialismo, el comunismo y el nihilismo, trata del alejamiento de Dios, y recurre al texto bíblico clásico¹¹⁵ para explicar la solicitud de la Iglesia para con los pobres. En «*Diuturnum*», sobre el origen del poder, recuerda que éste viene de Dios e insiste en la necesidad de escuchar la doctrina católica sobre este tema. En «*Humanum genus*», contra la masonería, trata del temor de Dios y del respeto que merecen sus leyes. En «*Inmortale Dei*», sobre la constitución cristiana de los Estados, recuerda nuevamente que todo poder viene de Dios, que la sociedad debe rendir culto a Dios y que el Estado ha de reconocer la independencia de la Iglesia instituida por Jesucristo. Al hablar de la actuación del cristiano en la acción política, salvada como puede la excepcional situación de los italianos por causa del enfrentamiento derivado de la toma de los Estados pontificios, anima a los cristianos a entrar en este campo con entereza y con fidelidad a la doctrina que profesan. En la «*Libertas*», espléndida disertación filosófico-política, incluye una referencia a la liberación aportada por Jesucristo, que restauró y realzó la dignidad primitiva de la naturaleza humana en orden a la verdadera libertad del hombre. En la «*Sapientia christiana*», sobre

115. Cfr. Mt 25.

los deberes de los ciudadanos católicos, habla de la autoridad de la Iglesia en estos temas y reclama la unidad de los católicos, que han de actuar a partir de la fe, que obra por la caridad y con amor al prójimo; alude al testimonio mismo de Jesús, para fundar su exhortación. Finalmente, en «*Praeclarae gratulationis*», sobre la unidad de la Iglesia, incluye algunas referencias a las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

En resumen, en este espléndido magisterio aparece, ante todo, la atención a la realidad histórica y a las ideas que iban propagándose por Europa. En lo que se refiere a nuestro tema, destaca el sentido religioso de la moral social que inculca (ley divina, temor de Dios, autoridad derivada de Dios, etc.), la reivindicación de los derechos de la Iglesia, fundados en su origen divino, y una insistente llamada a la unidad de los cristianos para afrontar estos problemas nuevos y desconcertantes. Hay frecuentes referencias al evangelio, en cuanto en él se consigna la enseñanza de Jesús, y alguna alusión a la identificación de Jesús con los hombres-pobres, al testimonio de Jesús en la preocupación y acción por el orden social, a la caridad (más como ley suprema que como don) y a la gracia de Jesús, que restaura al hombre y le restituye la verdadera libertad. No es de extrañar que, dado el carácter polémico, que a veces está muy acentuado, así como la mentalidad naturalista de sus adversarios, la cristología no esté en la base de su argumentación.

Ya muy entrado el siglo XX, un documento de *Benedicto XV* tiene singular importancia en nuestro itinerario. Se trata de la «*Pacem Dei munus*», sobre la reconciliación cristiana por la paz. Ha pasado el azote de la guerra por Europa, y el Papa reclama paz en la caridad, con sus consecuencias de perdón, amor a los que fueron enemigos, mirada a Jesucristo. Ello debe darse, ante todo, en la Iglesia, que «guarda el espíritu de Jesucristo» y que ha de buscar siempre agradar a su Corazón amantísimo. Anhela que la unión de las naciones promueva un orden de justicia y caridad, y centra la exhortación final en Jesús reconciliador.

De *Pío XI* hay que destacar dos largos documentos: «*Mit brennender Sorge*», referente al Reich alemán, y «*Divini Redemptoris*», sobre el comunismo ateo. Ambos tienen un cierto aire polémico. En el primer documento trata de la genuina fe en Dios, en Cristo y en la Iglesia. La doctrina fundamental sobre Jesucristo es presentada con nitidez. Reitera que la fe en Dios es el fundamento de la moralidad, y bajo esta luz reivindica el derecho natural. El documento, algo duro en algunos momentos, tiene un final hermoso y profundo:

«hemos pesado cada palabra de esta Encíclica en la balanza de la verdad y, al mismo tiempo, del amor». En el documento sobre el comunismo —cinco días después del anterior— se recuerda que Jesús inauguró una nueva civilización universal. Al reprobar el comunismo por su ateísmo, proclama la visión del hombre según la razón y según la fe, así como el valor del amor en el orden social; a estas verdades cristianas se opone la concepción comunista. Con vigor y claridad recuerda la caridad, la identificación de Jesús con el que sufre, y la necesaria vinculación de la justicia con la caridad, para un auténtico orden social.

Encontramos, pues, muchos y fundamentales elementos de la visión específicamente cristiana del orden social, que están en continuidad con los documentos hasta aquí citados, y que serán luego asumidos en el avanzar de una sociología más enraizada en el mismo misterio de Jesucristo y del amor que brota de su corazón.

Pío XII legó a la Iglesia abundante y profunda doctrina sobre el orden social en sus distintos niveles y, principalmente, en el orden internacional, al ejercer su misión profética en los tiempos de la guerra mundial y de los años duros y peligrosos que siguieron. Ya en la segunda parte de la encíclica *«Summi pontificatus»*, cuando estudia los errores que estaban en el fondo del conflicto armado, recuerda que hay unas normas de moralidad universal tanto para la vida individual como para la social y para las relaciones internacionales, y que la ley natural tiene su fundamento en Dios. Pero no se queda aquí, sino que sigue recordando la doctrina de Cristo y, en particular, «la unificadora y ennoblecedora doctrina del amor de Cristo»¹¹⁶.

A los llamamientos a la paz, en los momentos inmediatamente previos al conflicto, hay que unir especialmente los 19 mensajes de Navidad: cada año, desde el 1939, primero de su pontificado y primer año de Navidad en guerra, hasta el 1957, inmediato anterior a su muerte. La importancia de estos mensajes fue puesta de manifiesto por su sucesor Juan XXIII en el que pronunció en Navidad de 1958: «... obras maestras de ciencia teológica, jurídica, ascética, política y social; todos y cada uno en el esplendor que tiene por centro a Jesús en Belén; por espíritu, la gran llama del celo pastoral por las almas y por las naciones; por punto máximo de dirección, la misteriosa estrella anunciadora de las eternas conclusiones para la vida espiritual y universal, para la historia de las almas y de los pueblos»¹¹⁷. Los

116. Pío XII, *Summi pontificatus*, 16.

117. JUAN XXIII, *Mensaje de Navidad* 1958, en *L'Oss. Rom.* 24-XII-1958.

primeros —en plena guerra— no fueron una simple acción diplomática sólo encaminada a abrir en lo posible los caminos de la paz. Con estilo profético apela a la conciencia moral de los pueblos y de los hombres de Estado, mientras con seguridad de doctor ofrece abundante doctrina —natural y sobrenatural— para razonar debidamente sus apremiantes llamadas a la paz. Eso no tiene nada que ver con el género literario de los diplomáticos. Es el modo de expresarse del Pastor y Maestro universal.

Por la condición de los destinatarios se comprende que Pío XII se mueva generalmente en un plano moral o jurídico. Pero al aprovechar la fiesta de Navidad —cuya resonancia va más allá del mundo creyente— siempre arranca de una confesión de fe en Jesucristo, a quien introduce luego en el discurso, recordando a menudo su condición de Príncipe de la paz y la dimensión profundamente pacificadora de toda su obra, desde cualquier ángulo que se la considere.

Los cuatro primeros contenían siempre cinco premisas para la paz, cuyos contenidos fueron cambiando en un sentido de complementación. En 1939 los cuatro primeros atañen al derecho internacional; pero en el último explica el sentido de responsabilidad, que glosa recordando el hambre y la sed de justicia de las bienaventuranzas y la coordinación necesaria de la justicia y del amor en dimensión universal. En 1940 los puntos son tesis concernientes a actitudes básicas de indiscutible inspiración específicamente cristiana. Los puntos de 1941 vuelven a los principios de derecho internacional, pero reserva el último a la aportación de la Iglesia a la causa de la paz: «quien cree en Cristo, en su divinidad y en su ley, en su obra de amor y de hermandad entre los hombres, aportará elementos particularmente preciosos para la reconstrucción social»¹¹⁸. El mensaje de 1942 —más extenso y rico aún que los anteriores— entra en la ordenación social-laboral y proclama cinco tesis que miran a los principios de la vida social, en perspectiva ética. Ya en 1943 y 1944, aún en guerra, prescinde de estas formulaciones y reflexiona, con inspiración de fe y de humanidad, sobre la tragedia de la guerra y sobre la esperanza de una ordenación democrática de los pueblos.

Los años que siguieron, sin guerra, pero tampoco con auténtica concordia, no permitieron a Pío XII dejar de tratar el tema de la paz en sus mensajes navideños. Pero al llegar el año 1949, la celebración del año santo le da ocasión de replantear estos mismos problemas desde la perspectiva del retorno a Dios, que no sólo es per-

118. Pío XII, *Mensaje de Navidad* 1941, 28, en *Ecclesia*, 3-I-1942, p. 18.

sonal sino que tiene también una vertiente social e internacional. En 1950 dice: «el espíritu cristiano, o al menos la fe en Dios, vale también para los asuntos públicos»¹¹⁹. Más adelante los mensajes se fijan en aquella «cultura técnica» que con clarividencia denunció como una gran amenaza para las valoraciones fundamentales del hombre, de la vida y de la sociedad, pues su influjo «se refleja tanto en el modo de vivir de los hombres... como en sus recíprocas relaciones»¹²⁰. En la misma línea, atendiendo a las conexiones económicas internacionales anejas a este nuevo modo de vivir y valorar las personas y las cosas, dice en 1954 que tales relaciones entre naciones «tanto serán factores de paz en cuanto obedezcan a las normas del derecho natural, se inspiren en el amor... tengan en cuenta los otros pueblos y sean fuentes de ayuda»¹²¹.

En los tres últimos mensajes se aprecia una intensificación de los elementos cristológicos. En 1955 denuncia que «el olvido o la omisión de la presencia de Cristo en el mundo ha provocado el sentido de desorientación y la falta de seguridad y estabilidad, propia de la era técnica. El olvido de Cristo ha conducido a no dar importancia a la realidad misma de la naturaleza humana, puesta por Dios como principio de la convivencia en el espacio y en el tiempo»¹²². Más adelante proclama que «el Hijo de Dios hecho hombre es el único sostén de la humanidad, aun en la vida social histórica... asumiendo la naturaleza humana ha confirmado su dignidad como fundamento y regla de aquel orden moral»¹²³. En consecuencia, «el cristiano que se dispone animoso y por los medios naturales y sobrenaturales a edificar un mundo según el orden natural y sobrenatural querido por Dios, elevará constantemente su mirada a Cristo y encuadrará su acción en los límites fijados por Dios. Desconocer esto sería... pernicioso para la misma vida social»¹²⁴.

En 1956 habla de «la verdad sobre la naturaleza humana», que le es dada por la revelación (formulación muy cercana a la «verdad sobre el hombre», de Juan Pablo II), así como de la realidad del pecado con su carga antirreligiosa y anticristiana. El último mensaje (1957) es un canto esperanzado a la armonía del mundo con centro en Jesucristo: «La suprema firmeza de esta esperanza se funda en el misterio de la Navidad: Cristo, Hombre-Dios, autor de toda armonía,

119. Pío XII, *Mensaje de Navidad* 1950, 21, en *Ecclesia*, 30-XII-1950, p. 21.

120. Pío XII, *Mensaje de Navidad* 1953, 10, en F. RODRÍGUEZ, o.c., p. 1064.

121. Pío XII, *Mensaje de Navidad* 1954, 12, en *Ecclesia*, 8-I-1955, p. 34.

122. Pío XII, *Mensaje de Navidad* 1955, 5, en F. RODRÍGUEZ, o.c., p. 1076.

123. *Ibidem*, 10.

124. *Ibidem*, 12.

visita su obra. ¿Por qué la creatura habrá de desesperar del mundo, si Dios mismo no desespera de él, y si el Verbo divino, por quien todas las cosas fueron hechas se hizo carne y habitó en medio de nosotros para que resplandeciese por fin la gloria del Unigénito del Padre? ¹²⁵. Y más adelante: «La historia de la humanidad en el mundo... es un admirable y vital acontecer de la misma vida del Verbo divino...» ¹²⁶. Pero advierte que no vale quedarse «en una complacencia estática», pues hemos sido llamados a «una acción constante, austera y dirigida hacia todos los sentidos y aspectos de la vida» ¹²⁷, para lo cual nos fundamentaremos en «el orden y la armonía del mundo» ¹²⁸, que antes ha explicado cristológicamente.

Recoger cuanto sobre Jesucristo y su amor se inserta en estos mensajes navideños sería trabajo muy laborioso. Aquí hemos sólo expuesto unas muestras, suficientes para descubrir no sólo el espíritu de fe sino también la profunda teología que en ellos está realmente presente, más o menos explícita, según las circunstancias, fin concreto y auditorio al que se dirigen los mensajes papales.

De la obra de *Juan XXIII* referente a este capítulo de doctrina política, hay que destacar la «Pacem in terris». Este gran documento no tiene las continuas referencias explícitas a la concepción específicamente cristiana de la vida humana, que hemos encontrado en la «Mater et Magistra». Sin duda lo justifica el hecho de dirigirse también «a todos los hombres de buena voluntad», que es una novedad de esta encíclica. Las hay, sin embargo, y muy claras. Véanse unos ejemplos: «Si consideramos la dignidad de la persona humana a la luz de las verdades reveladas, es forzoso la estimemos todavía mucho más, dado que el hombre ha sido redimido por la sangre de Jesucristo, la gracia sobrenatural le ha hecho hijo y amigo de Dios y lo ha constituido heredero de la vida eterna» ¹²⁹; y en la exhortación final a los católicos les urge a «que participen activamente en la administración pública... iluminados por la luz del cristianismo y guiados por la caridad» ¹³⁰. Sin embargo —como advierte sagazmente P. Rodríguez—, leyéndola bien se «experimenta la sensación de que la doctrina que el Papa Juan (aquí) ha entregado, es algo profundamente evangélico» ¹³¹. Me remito al mismo estudio para quien quiera descubrir toda

125. Pío XII, *Mensaje de Navidad* 1957, 8, en *Ecclesia*, 28-XII-1957, p. 5.

126. *Ibidem*, 15.

127. *Ibidem*, 17.

128. *Ibidem*, 19.

129. JUAN XXIII, *Pacem in terris*, 3.

130. *Ibidem*, 65.

131. P. RODRÍGUEZ, *Sentido cristiano de la paz*, en *Nuestro tiempo*, n.º 123 (1964), p. 3.

la carga cristológica del gran documento de Juan XXIII, que tanto aportó, en orientación general y concreta doctrina, a la «*Gaudium et spes*».

Completamos el estudio de esta larga época con algunas referencias a otros documentos que desde una perspectiva directamente eclesial o incluso piadosa bajan deductivamente al papel de Cristo en la ordenación social. Huelga decir que el estudio no tiene pretensiones de ser exhaustivo.

León XIII, al proceder a la consagración del linaje humano al Sagrado Corazón de Jesús, en los albores del siglo XX, invita a un devoto reconocimiento de fe y sumisión por parte de los hombres, y augura una especial protección por parte de Dios; ambos aspectos miran tanto a la vida individual como a la social. De esto último habla así: «Semejante consagración trae a los pueblos la esperanza de mejores cosas, ya que puede restaurar y hacer más firmes los vínculos que juntan por naturaleza propia las cosas civiles con Dios»¹³². Años más tarde, Pío XI, en la «*Miserentissimus Redemptor*», dedicada también al culto al Sagrado Corazón, formula la esperanza de que el Señor por este culto conceda a los individuos y a la sociedad grandes bienes.

Pío XI, además, nos legó la encíclica cristológica «*Quas primas*», sobre Cristo Rey. Esta realeza tiene efectividad, ante todo, sobre las potencias espirituales del hombre; pero no se queda en pura interioridad, pues se extiende connaturalmente a su vida concreta, con atención a su dimensión social. Cuando desarrolla la regia potestad de Cristo en el orden social, el Papa reclama que sea reconocida por todos con obediencia, afirma que las potestades sociales terrenas de algún modo derivan de la de Cristo Rey y deduce los bienes sociales que se derivarán de la plena sumisión al Señor; «En lo que se refiere a la concordia y a la paz, es evidente que cuanto más vasto es el Reino y con mayor amplitud abraza al género humano, tanto más arraiga en la conciencia de los hombres el vínculo de fraternidad que los une»¹³³. Ya en su primera encíclica, «*Ubi arcano*», donde adelantaba algunos puntos de la «*Quas primas*», había escrito: «No hay paz de Cristo sin el Reino de Cristo».

En la misma línea, en sus documentos y discursos sobre Acción Católica, la preocupación por el orden social aparece muy vinculada a la idea del Reinado de Cristo, y así, al defender la legitimidad del

132. LEÓN XIII, Enc. *Annum Sacrum*.

133. Pío XI, *Quas primas*, 19.

quehacer de la Acción Católica, explica que, si bien esta labor se califica correctamente de religiosa, «esto no obstante, con razón se puede llamar también social, pues intenta dilatar el Reino de Cristo y, de este modo, al paso que se consigue para la sociedad el mayor de sus bienes, se procuran los demás que de él proceden, cuales son los que se refieren al Estado y se llaman políticos»¹³⁴. Como hemos insinuado antes, la idea del Reinado social de Jesús fue una de las intuiciones teológicas más válidas para dar contenido profundo de fe a la sociología en la Iglesia. Pero tal vez no fue correcta o suficientemente desarrollada en el estudio teológico y en la predicación.

Otro documento importante de este pontificado fue la «*Divini illius Magistri*», sobre la educación cristiana. En tal documento se afirma que «la historia del cristianismo y de sus instituciones se identifica con la historia de la verdadera civilización y del genuino progreso»¹³⁵. La encíclica termina con una reflexión teológica sobre Jesucristo maestro, vivificador y ejemplar. Así pues, desde una perspectiva tan interesante para reflexionar acerca de la ordenación social, como es la educación, se indica también la especificidad cristiana de la concepción eclesial de ambos temas.

Sobre *Pío XII* podemos también completar lo que ya antes hemos dicho, con una alusión a varios de sus principales documentos. Las páginas iniciales de su primera encíclica, «*Summi Pontificatus*», recuerdan la consagración al Corazón de Jesús realizada por León XIII y la Realeza de Cristo proclamada por Pío XI; el acto de León XIII fue de «previsora sabiduría, atenta a mirar y a ennoblecer toda la sociedad humana y a promover su verdadero bien», mientras que el reconocimiento de la realeza de Cristo conlleva «la conversión personal y social». Puesto que aludimos al tema del Corazón de Jesús, añadiremos que la encíclica «*Haurietis aquas*» entra también en el tema que estamos desarrollando: defiende la utilidad de este culto para quienes «militan en el reino de Dios consagrando sus energías espirituales, su actividad... a la difusión de la doctrina social católica»¹³⁶; recuerda el ejemplo de la caridad de Cristo como estímulo para «la perfecta observancia de la ley evangélica, sin la cual no es posible instaurar la paz verdadera»¹³⁷; y proclama que la caridad divina es el único fundamento válido para el Reino de Dios a establecer «en la

134. Pío XI, *Carta al Cardenal Bertrán* (13-XI-1928), documento y texto concreto que luego citará en otras ocasiones el mismo Papa, por ejemplo en la *Carta al Cardenal primado de España*.

135. Pío XI, *Divini illius Magistri*, 61.

136. Pío XI, *Haurietis aquas*, 3.

137. *Ibidem*, 35.

sociedad familiar y en las naciones»¹³⁸. Una afirmación nos interesa destacar particularmente aquí: «la devoción al Sagrado Corazón de Jesús» ha de ser considerada como «bandera y manantial de unidad, de salvación y de paz»¹³⁹.

Dos encíclicas misionales —«*Evangelii praecones*» y «*Fidei donum*»— contienen también abundantes referencias a los problemas sociales anejos a la acción misionera de la Iglesia, especialmente en Africa. Al enlazar esta preocupación social con la idea de la misión, aquélla es tomada con profundo sentido cristiano: «En un momento en que se buscan nuevas estructuras, en tanto que algunos pueblos corren el riesgo de entregarse a las más falaces seducciones de una civilización técnica, la Iglesia tiene el deber de ofrecerles, en la medida más grande posible, las sustanciales riquezas de su doctrina y de su vida, mantenedoras de un orden social cristiano»¹⁴⁰.

Entre otras actuaciones magisteriales de Pío XII destacamos sus mensajes pascuales, de hondo sentido cristológico. En ellos el Papa toca también, más de una vez, con claridad y fuerza, el tema social. Así, en el de 1956, hablando de la victoria que la fe proporciona al cristiano militante, advierte que «no a cualquier apariencia de fe está asegurada la victoria, sino a la fe que adora en Cristo crucificado al Hijo Unigénito de Dios, que después de resucitado subió a los cielos... la fe que se traduce en obras de cumplida justicia... que se concreta en amar a Dios y, por El y en El, a los hermanos, a los hombres todos, mayormente a los humildes y a los pobres. En cambio, sería una apariencia de fe, destinada a la derrota, ese vago sentimiento de cristianismo, en cierto modo muelle y vacío, que no rebasa el umbral de la persuasión en las mentes ni el del amor en los corazones: que no está puesto como cimiento y coronación ni de la vida privada ni de la pública; que sólo ve en la ley cristiana una ética puramente humana de solidaridad y una determinada disposición para promover el trabajo, la técnica y el bienestar exterior»¹⁴¹.

Dos años más tarde habla de la luz vital de Cristo, que hay que restituir al mundo entero. Todo debe ser así iluminado: almas y cuerpos, pueblos y civilizaciones, estructuras, leyes y proyectos. Al final lanza estas preguntas: «¿Qué sería del mundo... si le hubiese faltado luz tan grande? ¿Podría acaso gloriarse de ese conjunto de conquistas materiales y morales que se llama civilización? ¿Se conservaría

138. *Ibidem*, 26.

139. *Ibidem*, 35.

140. Pío XII, *Fidei donum*, 6.

141. Pío XII, *Mensaje Pascual* 1956, 2, en *Ecclesia*, 7-IV-1956, p. 5.

aún vivo y tan ampliamente difundido en las conciencias el sentido de la justicia, de la verdadera libertad y de la responsabilidad que anima a la mayor parte de los pueblos y de los gobernantes? ¿Y qué decir, además, de la conciencia de unidad de la familia humana, que tiene un consolador progreso en las mentes y en las realizaciones concretas? ¿Quién si no Cristo puede fundir en un mismo latir fraterno a hombres tan diversos, por raza, lengua y costumbres, como sois todos vosotros...?»¹⁴².

He aquí unas muestras de cómo Pío XII unía lo cristológico con lo social, lo que ya antes hemos puesto de manifiesto al estudiar su Radiomensaje de Pentecostés, sobre la cuestión laboral-social, y los mensajes navideños sobre la paz en el mundo.

La actuación de *Juan XXIII* pronto queda absorbida por el gran acontecimiento del Concilio. Antes, empero, señalemos que en su primera encíclica, «*Ad Petri cathedram*», hay alguna alusión a lo social en relación con la caridad y el orden divino.

2. *El Magisterio papal después del Vaticano II*

El Concilio Vaticano II constituye un momento álgido de magisterio de la Iglesia. Si ahora no desarrollo aquí la doctrina conciliar sobre la ordenación social según la fe cristiana, es simplemente para no alargar excesivamente este «curriculum» histórico y, también, porque el pensamiento del Concilio sobre nuestro tema está patente y presentado con buen orden en la constitución pastoral «*Gaudium et spes*». Bástenos recordar que en su primera parte —en los tres puntos claves que considera— presenta la visión cristocéntrica de la dignidad de la persona, de la comunidad humana y del trabajo con proyección escatológica. Por el valor del documento estamos ante una primera consolidación de la fundamentación cristológica de lo social. Con otros documentos conciliares podríamos confirmar este enfoque, más o menos.

Pensamos, en cambio, que será de utilidad —supuesto el conocimiento de la doctrina conciliar— que se presente con cierto orden el magisterio papal en el tiempo mismo del Concilio y del postconcilio que aún estamos viviendo.

Al convocar el Concilio, *Juan XXIII* augura que la luz cristiana «penetre con fervorosa energía espiritual no sólo en lo íntimo de las

142. Pío XII, *Mensaje Pascual* 1958, 3, en *Ecclesia*, 12-IV-1958, p. 5.

almas, sino también en la masa colectiva de las actividades humanas»¹⁴³. Luego, en el discurso inaugural, entre lo mucho que dijo e insinuó destacaremos el sentido optimista con que quiere que se afronte la difícil tarea emprendida, actitud básica para no hurtarse a los graves problemas del momento: «Nos parece justo disenter de tales profetas de calamidades... en el presente momento histórico, la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas que, por obra misma de los hombres, pero aún más por encima de sus intenciones, se encaminan al cumplimiento de planes superiores e inesperados...»¹⁴⁴. No se podía decir más, pues el Papa quería un Concilio de verdad, que deliberara con libertad; pero no se podía realizar mejor aportación que la de la confianza de fe, para serenar y animar de modo que se superara de salida toda tentación de paralización por miedo.

Pablo VI había ya manifestado su preocupación social en sus intervenciones como Padre conciliar, cuando junto con Suenens y Lercaro pidió con eficacia que el Concilio tratara de la Iglesia «ad extra», iniciando el movimiento que culminó en la «Gaudium et spes». En la primera alocución papal encontramos ya una amplia referencia al tema social: «en esta luz (de Jesucristo) se sitúa... la continuidad de los esfuerzos en la línea de las grandes encíclicas sociales de nuestros predecesores, para la consolidación de la vida civil y social, esto es, de la justicia, que se funda en la verdad, en la libertad y en el respeto a los deberes y derechos recíprocos. El imperativo del amor al prójimo, banco de prueba del amor a Dios, exige de todos los hombres una solución más equitativa de los problemas sociales»¹⁴⁵.

Con esta preocupación, que ha acompañado al Papa en toda su vida sacerdotal, Pablo VI se presenta ante el Concilio, y en su discurso lanza preguntas clave sobre el camino conciliar: ¿de dónde arranca, cuál es la ruta, qué meta es la fijada? La respuesta apunta de lleno al cristocentrismo, que será característica de Pablo VI en todo su quehacer papal: «estas tres preguntas sencillísimas y capitales tienen, como bien sabemos, una sola respuesta... ¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo, nuestra vida y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término»¹⁴⁶. La resultante será un notable

143. JUAN XXIII, *Const. Apost. Humanae salutis*, 6, en AAS 54 (1962), p. 6.

144. JUAN XXIII, *Discurso inaugural del Conc. Vaticano II*, 4, en *Ecclesia*, 13-X-1962, p. 5.

145. PABLO VI, *Mensaje al mundo entero* (23-VI-1963), 4, *L'Oss. Rom.* 24-VI-1963.

146. *Ibidem*, 12.

avance —ahí está la «*Gaudium et spes*»— en la conjunción de la cristología y la sociología.

Para ordenar la materia al modo que lo hemos hecho para el período histórico anterior, empezamos por los dos documentos sociales que están en la línea iniciada por la «*Rerum novarum*»: la «*Populorum progressio*» y la «*Octogesima adveniens*». Pero la evolución histórico-social ha dado mayor amplitud a esta problemática socio-laboral y la ha entroncado con todo el problema político. Hoy es muy difícil distinguir los temas como lo hiciera León XIII en sus encíclicas: la «*Rerum novarum*», por una parte, las políticas por otra. Lo explica el mismo Pablo VI en la «*Octogesima adveniens*»: «Desde la época en que la '*Rerum Novarum*' denunciaba clara y categóricamente el escándalo de la condición de los obreros dentro de la naciente sociedad industrial, la evolución histórica ha hecho tomar conciencia, como lo testimoniaba ya la '*Quadragesimo Anno*' y la '*Mater et Magistra*', de otras dimensiones y de otras aplicaciones de la justicia social. El reciente Concilio ha tratado, por su parte, de ponerlas de manifiesto, particularmente en la Constitución pastoral '*Gaudium et Spes*'. Nos mismo hemos continuado ya estas orientaciones con nuestra Encíclica '*Populorum Progressio*': 'Hoy el hecho de mayor importancia, decíamos, del que cada uno debe tomar conciencia, es que la cuestión social ha adquirido proporciones mundiales'. 'Una renovada toma de conciencia de las exigencias del mensaje evangélico impone a la Iglesia el deber de ponerse al servicio de los hombres para ayudarles a comprender todas las dimensiones de este grave problema y para convencerles de la urgencia de una acción solidaria en este viraje de la historia de la humanidad'»¹⁴⁷.

En la «*Populorum progressio*» Pablo VI recuerda que la Iglesia «tiene una visión global del hombre y de la humanidad»¹⁴⁸. Es especialmente significativo el texto donde desarrolla gradualmente las justas aspiraciones de un progreso cabal: «El remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura, el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza, la cooperación en el bien común, la voluntad de paz..., el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin... la fe, don de Dios, acogido por la buena voluntad de los

147. PABLO VI, *Octogesima adveniens*, 5.

148. PABLO VI, *Populorum progressio*, 13.

hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar como hijos en la vida de Dios vivo, Padre de todos los hombres»¹⁴⁹.

En la «Octogesima adveniens» se recuerda el amor trascendente como factor de auténtica liberación cristiana y se contiene una espléndida formulación del hombre cristiano llevado por el Espíritu del Señor en la generosa tarea de hacer frente de continuo a los desafíos de cada momento histórico; ello nos recuerda el continuo recurso de Juan Pablo II a la palabra de Jesús: «El Espíritu de la verdad os guiará hacia la verdad completa»¹⁵⁰.

Estos dos documentos, indudablemente muy valiosos, no llegan al explicitismo cristiano de la «Mater et Magistra» o de la primera parte de la «Gaudium et spes». Lo que tal vez pueda explicarse por el auditorio al que miraba el Papa. Estamos, pues, en lo mismo de la «Pacem in terris». Si la expresión de fe no es del todo abierta, el ánimo del escritor estuvo siempre totalmente centrado en el misterio de Cristo y eso, aunque no se ve, sí se huele.

* * *

Anotados, aunque someramente, los dos principales documentos sociales de Pablo VI, al proseguir la indagación acerca del pensamiento cristológico-social del Papa, la gran dificultad está en recoger, ordenar y valorar lo mucho que encontramos en documentos, alocuciones, mensaje, catequesis, etc. En efecto, Pablo VI ejerció ampliamente su oficio magisterial: desde su condición de pastor y maestro habló de casi todo, ante auditorios enormemente variados y en circunstancias muy diversas. Ninguna ocasión dejó escapar; pocas semanas antes de su muerte con toda verdad pudo hacer mención del «propósito incansable, vigilante y agobiador» que le había movido durante los quince años de magisterio pontifical. Intentaremos un recuerdo de lo que dijo de carácter social-laboral y lo que desarrolló en pro de la ordenación social cristiana ante organismos internacionales o en otras ocasiones. Será más bien un muestrario que una investigación total, que ojalá un día se elabore. Añadiremos algo de lo que encontramos sobre el mismo tema en actuaciones directamente concernientes a la vida intraeclesial. Dejaremos para tratar aparte, al final, lo referente a la última etapa de este pontificado, que estimamos comienza en el anuncio del Año Santo de 1975.

149. *Ibidem*, 21.

150. Jn 16,13.

Los muchos contactos que tuvo con el mundo del trabajo dieron ocasión a Pablo VI para desarrollar la doctrina social relativa al orden laboral en conexión con la fe cristiana. Así, por ejemplo, ante una concentración de obreros, el 26 de enero de 1964, glosa el Belén y dice: «Navidad... es el centro de la historia, que es la razón de la civilización y la explicación y el misterio de los problemas fundamentales de la vida; sí, también de vuestra propia vida»¹⁵¹. Y lo glosa en relación a los anhelos de los obreros por la superación espiritual y conocimiento del destino del hombre, por la igualdad esencial y la solidaridad social, y por los bienes que van más allá de lo asequible por el esfuerzo humano». En la alocución conmemorativa del LXXV aniversario de la «*Rerum novarum*», al final se refiere a Cristo, «que induce a una experiencia de sí, de la vida, de la sociedad, de las cosas, del tiempo, de la justicia y del amor, que no tiene parangón...»¹⁵². Por la importancia del viaje papal, anotemos especialmente el discurso ante la O.I.T., en Ginebra; en su principio contiene una profunda alusión a Cristo y, al final, otra al Espíritu de amor, manantial de esperanza¹⁵³. Aun ciñéndose a un lenguaje asequible a los no creyentes, dio el testimonio de su visión de fe acerca de lo social.

Muchas veces se encontró con representantes de organizaciones internacionales dedicadas a distintos aspectos de la vida social a nivel mundial: FAO, UNESCO, UNCTAD, etc. Pero aquí destaca la visita a la O.N.U. En el discurso que pronunció, se proclamó «experto en humanidad», recordó los esfuerzos por la paz realizados por los Papas y, al final, en un «*in crescendo*» de contenidos explícitos de fe, trató de la conversión, la reflexión, la oración, la conciencia, la civilización a construir sobre principios espirituales, la fe en Dios y la revelación que «Cristo nos hizo de El, que es el Dios viviente, el Padre de todos los hombres»¹⁵⁴. Valen aquí las mismas reflexiones que antes hemos hecho en relación a la visita a la O.I.T.

Para ver cómo descende a los problemas concretos, sería interesante analizar los contenidos teológico-sociales de los discursos de los viajes a América, Asia y África. Sea un ejemplo el de la jornada del desarrollo en Medellín, donde, después de reivindicar la justicia, proclama que la caridad es «el principio propulsor del gran fenómeno innovador de este mundo imperfecto en que vivimos»¹⁵⁵.

151. PABLO VI, *Alocución a trabajadores* (26-I-1964), *L'Oss. Rom.*, 27,28-I-1964.

152. PABLO VI, *Alocución en el LXXV aniversario de la «Rerum Novarum»* (22-V-1966), *L'Oss. Rom.*, 23-V-1966.

153. PABLO VI, *Discurso ante la O.I.T.* (10-VI-1969), *L'Oss. Rom.*, 11-VI-1969.

154. PABLO VI, *Discurso a la O.N.U.* (4-X-1965), *L'Oss. Rom.*, 4,5-X-1965.

155. PABLO VI, *Discurso en Medellín* (23-VIII-1968), *L'Oss. Rom.*, 24-VII-1969.

En la línea de la «*Gaudium et spes*», Pablo VI insistió con gran reiteración en los conceptos del humanismo cristiano. Por el momento y circunstancias en que fue pronunciado, sobresale el discurso de conclusión del Concilio. Sale al paso de la objeción «de exceso de consideración al mundo exterior» y, después de recordar «cómo la regla del Concilio ha sido principalmente la caridad», desarrolla la necesidad y características del humanismo que brota del evangelio y que se enfrenta decididamente a aquella visión puramente terrena del hombre que prevalece en amplios sectores: «en el rostro de cada hombre, especialmente si se ha hecho transparente por sus lágrimas y por sus dolores, podemos y debemos reconocer el resto de Cristo, el Hijo del Hombre, y en el rostro de Cristo podemos y debemos, además, reconocer el rostro del Padre celestial..., nuestro humanismo se hace cristianismo y nuestro cristianismo se hace teocéntrico»¹⁵⁶.

La preocupación por la concordia humana le llevó a establecer, en 1967, la jornada anual de la paz. Cada año un documento desarrollando lemas adecuados y oportunos al momento concreto que vive la humanidad, desde la perspectiva de la paz, precedía la celebración de la jornada. Son once lecciones de doctrina política, siempre con una primera parte más larga destinada a todos los hombres de buena voluntad, en la cual se mueve en un plan prevalentemente ético, y una conclusión teológicamente densa, de fuerte impactación cristológica, que dirige en particular a los fieles, a fin de comprometerlos más a fondo en los problemas de la paz.

Para completar esta sección, dejamos constancia del Sínodo de los Obispos de 1971, convocado por Pablo VI, con el doble tema de «El sacerdocio ministerial» y «La justicia en el mundo». Los documentos resultantes testifican la preocupación por la relación profunda entre la fe cristiana y la justicia social, a partir de dos enfoques que en este punto vienen a ser complementarios. Por una parte, «la palabra del evangelio..., que el sacerdote anuncia en nombre de Cristo y de la Iglesia, y la gracia eficaz de la vida sacramental que administra, deben liberar al hombre de sus egoísmos personales y sociales y promover entre los hombres las condiciones de justicia que sean signo de la caridad de Cristo presente entre nosotros» (Sobre el sacerdocio, 1,7). Por otra parte, «el amor cristiano al prójimo y la justicia no se pueden separar. Porque el amor implica una exigencia absoluta de justicia, es decir, el reconocimiento de la dignidad y de los derechos del prójimo. La justicia, a su vez, alcanza su plenitud interior solamente

156. PABLO VI, *Homilía en la clausura del Vaticano II* (7-XII-1965), *L'Oss. Rom.*, 8-XII-1965.

en el amor. Siendo cada hombre realmente imagen visible de Dios invisible y hermano de Cristo, el cristiano encuentra en cada hombre a Dios y la exigencia absoluta de justicia y de amor que es propia de Dios»¹⁵⁷.

* * *

Entre las referencias al tema social desde lo religioso y espiritual cristiano o lo comunitario-ecclesial, destacamos los mensajes anuales de Navidad y de Pascua. Estos mensajes están marcados por las contingencias históricas concretas. La celebración de la Navidad ofrece siempre una buena oportunidad de explicar el sentido profundo del humanismo incluido en la fe cristiana, con su repercusión en el orden social; fue «un acontecimiento histórico, cósmico, sumamente comunitario... y, al mismo tiempo, ...íntimo y personal»¹⁵⁸. Los mismos temas son glosados a la luz de la Pascua, que da la «alegría de vivir»¹⁵⁹, el optimismo en la lucha en pro del hombre¹⁶⁰ y la confianza de lograr aquella paz que «desde el Corazón de Cristo resucitado se propaga y se difunde por toda la tierra, sobre todos los hombres»¹⁶¹.

En su adoctrinamiento de los grupos de cristianos que quieren seguir con generosidad al Señor, Pablo VI alude a lo social en abierta concordancia con lo más específico de la fe. Así, por ejemplo, en 1971, en la exhortación «Evangelica testificatio», sobre la renovación de la vida religiosa, cuando advierte sobre «el grito de los pobres» que se identifican con Cristo y que, con audición y sensibilidad singular, han de percibir los que se han consagrado a Jesús por el voto de pobreza. A los miembros de los Institutos seculares les recuerda su misión de encarnar la presencia de Cristo en el mundo, pues El es el punto de convergencia de la humanidad¹⁶², y al movimiento GEN exhorta así: «Todos vosotros sois hermanos. Tened la sabiduría y la valentía de llegar a esta conclusión que es la raíz de la sociabilidad cristiana»¹⁶³. Los ejemplos podrían multiplicarse.

Desentraña también, en varias ocasiones, «el reflejo social» que tiene el misterio eucarístico¹⁶⁴. Lo glosa con la escena evangélica de

157. Sínodo de los obispos 1971, *La justicia en el mundo*, II, 1.

158. PABLO VI, *Mensaje de Navidad* 1977, en *Ecclesia*, 14-I-1978, p. 6.

159. PABLO VI, *Mensaje de Pascua* 1969, en *L'Oss. Rom.*, 8,9-IV-1969.

160. PABLO VI, *Mensaje de Pascua* 1971, en *L'Oss. Rom.*, 5,6-IV-1971.

161. PABLO VI, *Mensaje de Pascua* 1973, en *L'Oss. Rom.*, 24,25-IV-1973.

162. PABLO VI, *Discurso a los Institutos seculares* (2-II-1972), *L'Oss. Rom.*, 3-II-1972.

163. PABLO VI, *Discurso al GEN* (2-III-1975), *L'Oss. Rom.*, 3,4-III-1975.

164. PABLO VI, *Discurso* (5-VI-1969), *L'Oss. Rom.*, 6-VI-1969.

la multiplicación de los panes¹⁶⁵ y proclama que la Eucaristía «carga a la acción por el bien social de un idealismo, de una esperanza»¹⁶⁶. En un mensaje a los Obispos de Escocia dice que «de la Eucaristía (los cristianos) sacan fuerzas para la actividad evangelizadora que les es propia en los campos político, económico, cultural y científico, o en las artes, la vida internacional...»¹⁶⁷.

Mucha materia darían a nuestro estudio los discursos a los grupos de obispos que acudían a Roma para la «visita ad limina». Valga como ejemplo el dirigido a los obispos del Sur de Francia, reprobando la visión unilateral política de los problemas del mundo: «Hoy, en la vida social... algunos no saben ya abordar un problema, cualquiera que sea, incluso concerniente a la familia, a la educación, a determinada realidad profesional, sin situarlo en seguida a nivel político, limitándose a esta perspectiva. Una reducción... criticable intelectualmente..., perjudicial a la sociedad y que abre el camino a muchos sectarismos»¹⁶⁸ Pablo VI, atento a la realidad básica y profunda de la persona y a cuanto la fe cristiana ilumina e impacta directamente lo social, no podría estar jamás de acuerdo con una visión sólo político-estructural de los grandes problemas de la convivencia humana.

Finalmente, señalamos que muchas referencias encontramos también en la actuación pastoral y magisterial de Pablo VI cara a los organismos de Iglesia (Cor unum, Justitia et pax, Obras misionales pontificias, etc.) o en ocasiones de jornadas eclesiales (de los Medios de comunicación social, de las misiones, etc.), así como en las catequesis semanales: algunos temas de gran contenido social fueron frecuentemente tratados por el Papa (p.e., la libertad, la paz, la mujer en el mundo, etc.).

* * *

Como última etapa del pontificado de Pablo VI pueden considerarse los últimos cinco años de su vida. La decisión de celebrar el Año santo en 1975, anunciada ya en mayo de 1973, dio nuevo brío a su acción. Vuelven a aparecer los documentos que de modo

165. PABLO VI, *Homilía* (29-V-1975), *L'Oss. Rom.*, 30,31-V-1975.

166. PABLO VI, *Mensaje al Congreso Eucarístico de Filadelfia* (8-VIII-1976), *L'Oss. Rom.*, 9,10-VIII-1976.

167. PABLO VI, *Discurso a los obispos de Escocia* (4-III-1978), *L'Oss. Rom.*, 5-III-1978.

168. PABLO VI, *Discurso a los obispos del Suroeste de Francia* (18-IV-1977), *L'Oss. Rom.*, 18,19-IV-1977.

extenso estudian los problemas de la Iglesia en sí misma y en su relación con el mundo.

La exhortación «*Marialis cultus*», sobre el culto a la Santísima Virgen, entra también en los problemas de la ordenación social, lo cual confirma la visión de fe estrictamente cristiana con que el Papa enfoca estos problemas que aparentemente son sólo políticos y éticos. En efecto, María es irrelevante en estos aspectos, pero importantísima para conocer y vivir la fe. «La figura que la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celestial y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado; pero, sobre todo, testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones»¹⁶⁹.

El Año santo tuvo un objetivo claro desde el primer momento, cifrado en dos palabras: renovación y reconciliación. Ambos conceptos tocan la ordenación social. El primero, porque la persona está en la base y en el fin de la sociedad, y sin su renovación auténtica no hay orden ni visión social. Dice Pablo VI en el primer anuncio del Año santo: «la renovación personal, interior y, consiguientemente, también exterior, bajo ciertos aspectos... es terapéutica fácil y extraordinaria a la vez, que debería acarrear el bienestar espiritual a todas las conciencias y, por ende, al menos en alguna medida, a la mentalidad social»¹⁷⁰. Una semana después desarrollará más esta idea y dirá que la conversión ha de terminar en un seguimiento auténtico de Cristo y en el amor solidario hacia nuestros hermanos, cercanos o lejanos¹⁷¹. La reconciliación mira a todas las roturas del hombre: ante todo es reconciliación con Dios, para lograr la armonía principal que, a su vez, deriva hacia la reconciliación con los hombres-hermanos, en la justicia y en la caridad. Y añadirá: «la reconciliación se desarrolla sobre otros planos muy amplios y muy reales: la misma comunidad eclesial, la sociedad, la política, el ecumenismo, la paz...»¹⁷².

En el mismo sentido, la Bula que proclama el Año santo dice: «Pasando a considerar el mundo entero, esta llamada a la renovación y a la reconciliación se armoniza con todo aquello que los hombres... anhelan más sinceramente, es decir, la justicia, la unidad, la paz»¹⁷³. En el cuadro del año santo, Pablo VI lanzó su consigna de la «ci-

169. PABLO VI, *Marialis cultus*, 37.

170. PABLO VI, *Audiencia general* (9-V-1973), *L'Oss. Rom.*, 10-V-1973.

171. PABLO VI, *Audiencia general* (16-V-1973), *L'Oss. Rom.*, 17-V-1973.

172. PABLO VI, *Audiencia general* (9-V-1973), *L'Oss. Rom.*, 10-V-1973.

173. PABLO VI, *Bula «Apostolorum Limina»*, 1.

vilización del amor» que he explicado al final de la segunda parte de este estudio.

En plena celebración del Año santo aparece la exhortación apostólica «Gaudete in Domino», sobre la alegría cristiana. Fue como un contrapunto de esperanza, alegría y optimismo de gran hondura cristiana en medio de las exigencias urgidas singularmente por la conversión y la reconciliación. En la presentación del tema y luego, al dirigirse a los jóvenes, el Papa relaciona el tema de la encíclica con la ordenación social.

También en el cuadro del Año santo hay que colocar en algún sentido el Sínodo de los obispos de 1974, y la exhortación «*Evangelii nuntiandi*», que fue el fruto precioso de aquella reunión. Este documento, en cuya elaboración tuvo su influencia la ponencia introductoria en el Sínodo que desarrolló el entonces Cardenal Wojtyła, reafirma y aclara conceptos básicos de la acción eclesial en pro de la ordenación de la sociedad. La evangelización y conversión, que han de mirar tanto a la persona como a la sociedad, empieza por la persona, puesto que ella está en la base de todo: «no hay humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el evangelio»¹⁷⁴. Se desarrolla un concepto de evangelización que toca directamente la vida social: «se trata de alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad...»¹⁷⁵; «la evangelización lleva consigo un mensaje explícito, adaptado a las diversas situaciones y constantemente actualizado, sobre los derechos y deberes de toda persona humana, sobre la vida familiar, sin la cual apenas es posible el progreso social, sobre la vida comunitaria de la sociedad, sobre la vida internacional, la paz, la justicia, el desarrollo, un mensaje, especialmente vigoroso en nuestros días, sobre la liberación»¹⁷⁶ y luego recuerda los problemas del «hambre, enfermedades crónicas, analfabetismo, depauperación, injusticia en las relaciones internacionales...», para terminar afirmando: «todo eso no es extraño a la evangelización»¹⁷⁷. La centralidad de Cristo en la evangelización es idea clara, básica y permanente en todo el documento: «La liberación que proclama y prepara la evangelización es la que Cristo mismo ha anunciado y dado al hombre con su sacrifi-

174. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, 18.

175. *Ibidem*, 19.

176. *Ibidem*, 29.

177. *Ibidem*, 30.

cio»¹⁷⁸. Además, el dinamismo de la evangelización enfoca y termina en los sacramentos y, en particular, en la Eucaristía¹⁷⁹. Está claro que no se trata solamente de enseñar una ética sacada del Evangelio.

El entronque de la fe en Jesucristo —el Hijo de Dios hecho hombre, que nos ha redimido por el misterio pascual— y la ordenación social en sus diversas facetas y en toda su amplitud, aparece siempre claramente proclamado por Pablo VI. Sean una confirmación de ello las últimas lecciones, es decir, lo que dijo en los días que precedieron inmediatamente a su muerte. En la solemnidad de los santos Pedro y Pablo, aludiendo a su próxima partida, que parece previó con clarividencia, pronunció una vigorosa homilía en la que hizo un repaso de su actuación pontifical de quince años. En ella dice: «Nos sentimos en este umbral supremo, consolado y animado por la conciencia re haber repetido incansablemente ante la Iglesia y el mundo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»¹⁸⁰. Ciertamente, el cristocentrismo es tal vez la primera nota dominante de todo su magisterio; lo aplicó también asiduamente al campo de lo social. Luego, al revisar su acción en defensa de la vida humana, incluye en este capítulo la «*Populorum progressio*» y todo cuanto ha luchado en defensa de la familia, de la juventud y de un futuro mejor para el mundo. Es la proclamación del personalismo o humanismo de profunda inspiración evangélica, que está en la base de la connotación cristiana auténtica de la doctrina social.

En la última alocución, glosa el misterio de la transfiguración que «manifiesta» que Jesús es el Hijo del Padre y «al mismo tiempo desvela el destino trascendente de nuestra naturaleza humana, que El ha tomado para salvarnos». Pero, aun disertando sobre un tema tan espiritual, su preocupación social aparece en las palabras finales del discurso: «Tampoco este domingo podemos olvidar a cuantos sufren por hallarse en circunstancias especiales..., queremos aludir a los desocupados, ...a los que padecen hambre... y, en general, a todos aquellos que no aciertan a encontrar un puesto satisfactorio en la vida económica y social. Por todas estas intenciones se eleve hoy fervorosa nuestra oración mariana, que estimule asimismo a cada uno de nosotros a propósito de solidaridad fraterna. María, Madre solícita y amorosa, dirija a todos su mirada y su protección»¹⁸¹.

* * *

178. *Ibidem*, 38.

179. *Ibidem*, 28.

180. PABLO VI, *Homilía en el XV aniversario de su coronación* (29-VI-1978) *L'Oss. Rom.*, 1-VII-1978.

181. PABLO VI, *Alocución* (6-VIII-1978), *L'Oss. Rom.*, 7-VIII-1978.

Juan Pablo II no sólo ha continuado en la línea cristocéntrica-social de Pablo VI. El entronque de los dos elementos en la reflexión y en el compromiso cristiano es aún más intenso. Pienso que llega a una cierta plenitud. Esta orientación apareció ya en la homilía de la celebración eucarística que inauguraba su pontificado. Su grito de fe es espléndido de contenido y de exigencia: «¡No temáis! Abrid más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo. Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo El lo conoce! ... Me dirijo una vez más a todos los hombres, a cada uno de los hombres; y con qué veneración el apóstol de Cristo debe pronunciar esta palabra: ¡hombre!»¹⁸². Cristo es el centro, la fe abiertamente profesada y aplicada, una gran preocupación por lo social, y la proclamación del gran valor de la persona según la fe cristiana: he aquí los cuatro conceptos que, luego, cada día irá mezclando en sucesivas aplicaciones concretas.

Hermosamente expresó también este profundo sentir de fe en relación a lo social en la oración a S. Francisco, pronunciada en Asís: «Tú, que has llevado en tu corazón las vicisitudes de tus contemporáneos, ayúdanos, con el corazón cercano al corazón del Redentor, a abrazar las vicisitudes de los hombres de nuestra época: los difíciles problemas sociales, económicos, políticos; los problemas de la cultura y de la civilización contemporáneas, todos los sufrimientos del hombre de hoy, sus dudas, sus negaciones, sus desbandadas, sus tensiones, sus complejos, sus inquietudes... Ayúdanos a traducir todo esto a un lenguaje evangélico sencillo y provechoso. Ayúdanos a resolver todo en clave evangélica, para que Cristo mismo pueda ser «Camino-Verdad-Vida» para el hombre de nuestro tiempo»¹⁸³.

Renunciamos a un estudio pormenorizado que requeriría muchas páginas y quedaría siempre incompleto, dada la casi prodigalidad del Papa actual en su oficio de evangelizador y la continua preocupación por la persona y la ordenación social en todos los niveles, que debe realizarse de conformidad con el plan revelado, fundamentado y centrado en Cristo Jesús. Algo demuestro, por las muchas citas de mi estudio. Me limito ahora recordar sus dos encíclicas, complementarias la una de la obra, pues ellas recogen lo más importante de su pensamiento en nuestro tema. En particular, la «*Dives in misericordia*» es como un proceso al secularismo y a su incapacidad para humanizar

182. JUAN PABLO II, *Homilía* (22-X-1978), *L'Oss. Rom.*, 23,24-X-1978.

183. JUAN PABLO II, *Discurso en Asís* (5-XI-1978), *L'Oss. Rom.*, 6,7-XI-1978.

y dar sentido a la vida. Un comentario de primera hora, que suscribo plenamente, enjuicia así este último documento papal: «Juan Pablo II ha superado la dicotomía entre encíclicas teológicas y encíclicas sociales. Las suyas son eminentemente teológicas y desde una teología iluminan de forma muy sugestiva los aspectos más conflictivos de la existencia personal y de las relaciones sociales. En este aspecto, el magisterio de Juan Pablo II constituye un verdadero progreso para toda la Iglesia»¹⁸⁴.

Resumiendo la reflexión sobre esta larga historia de cien años, parece que hay un proceso de creciente cristificación de lo social. Es verdad que la fe y Cristo jamás han estado ausentes; pero su integración profunda en los temas sociales va avanzando, alcanza niveles importantes en Juan XXIII y en el Concilio, se confirma y desarrolla más en Pablo VI y llega a una cierta plenitud con Juan Pablo II.

El porqué de tal proceso (que un estudio más detallado debería o no confirmar o, al menos, ciertamente matizar) sería una investigación apasionante: personas con su talante, formación e historia; circunstancias políticas, culturales y filosóficas de cada momento histórico; planes y estrategias pastorales, etc., aparecerían entremezclándose y descubriéndonos uno fondo muy importante de la vida de la Iglesia en nuestro tiempo. Una gran lección de historia, de teología y de pastoral.

3. *La formación de sociólogos y hombres de acción en el campo social*

En paralelo con los documentos papales se ha desarrollado una gran tarea para la formación de sociólogos en la Iglesia y de hombres de acción en el campo social.

Pronto se vio la necesidad de que los hombres inmersos en este campo y en esta lucha tuvieran una buena información y unos juicios realistas sobre aquellos aspectos puramente naturales de la vida social que, al entrecruzarse, daban origen a situaciones peculiares y a problemas difíciles que cuestionaban, condicionaban y dificultaban el establecimiento de un buen orden social concreto. En instituciones de Iglesia apropiadas, se cuidó de atender a esta necesidad, con lo que se evitó que, so pretexto de mejor ordenar la convivencia, se dieran inútiles azotes al aire o se ofrecieran ridículas utopías.

184. PIQUER, en *La Vanguardia*, 4-XII-1980.

Por otra parte, el necesario diálogo con los no creyentes exigió una formulación de la doctrina sobre lo social fundada en principios inteligibles para los interlocutores, es decir, asumibles desde una reflexión natural. Se creyó que el derecho natural podría ser una buena base; pronto dejó de servir, pues fue poco a poco rechazándose en el mundo en aras de un positivismo jurídico y moral, acorde con la evolución de la filosofía. Ya en este camino, el diálogo se hizo muy difícil por nuestra parte. Y así, por una y otra razón —condicionamientos naturales y base para el diálogo—, se limitaron horizontes y se rebajaron los contenidos o, al menos, se abajaron los niveles, dejando al margen los puntos específicamente evangélicos que hacían referencia a lo social, con la excepción de los que confirmaban aspectos éticos, vistos o entrevistados por la simple razón o aceptados por las convenciones internacionales.

Efecto de esta visión y causa de su mantenimiento fue la adscripción de esta disciplina —la sociología cristiana, como se la llamaba— a la filosofía, en una época en que ésta se separaba del todo del estudio de la teología. El problema de la distinción y relación entre lo natural y lo sobrenatural, que está en la base de este tema como de tantos otros, fue resuelto con una separación casi total, es decir, sin conexión. En los estudios teológicos apenas se notaba preocupación social alguna. Se había ya despachado el tema en filosofía. Creo que las consecuencias de este hecho han sido muy malas.

* * *

Es difícil valorar la acción en el campo social, pues ha sido muy rica, generosa y variada. Llama la atención la postura de algunos hombres beneméritos de la primerísima hora (la anterior a la «*Rerum novarum*») que proponían soluciones, por ejemplo, corporativas, en las que se incluía la piedad, la teología, la misma confesionalidad, etc.¹⁸⁵. Parece que una cierta nostalgia de las cofradías medievales estaba en el fondo de estas iniciativas, pero tal vez también subyacía la idea de que lo sobrenatural no podía separarse de estos problemas, aunque sus expresiones fácticas se plantearan a nivel natural; estas posturas son un testimonio de que lo sobrenatural está tan realmente en el hombre y en la humanidad como lo natural.

* * *

185. Cfr. J. VILLAIN, *La enseñanza social de la Iglesia*, ed. Aguilar (Madrid 1961), p. 438.

En mi opinión, hubo un cierto descuido de la visión teológica en unas cuestiones que, junto a un tratamiento estrictamente sociológico, necesitaban un juicio desde la fe y una acción animada por la fe y la caridad. La justicia (entendida a lo jurídico o a lo ético, que no según su concepto bíblico) se hizo casi único objetivo, y los caminos por los que se quería avanzar, tanto en la reflexión como en la acción, profundizaban poco en el pecado y la redención. En el fondo, ¿no se estaba casi admitiendo al hombre en estado natural? O mejor, ¿se consideraba lo sobrenatural sólo como advenido, añadido, pero no insertado en lo natural del hombre? Un cierto naturalismo entró, sobre todo en el campo de la acción.

¿Cómo entender el contraste entre estos enfoques y la constante atención al misterio —con más o menos integración en el tema social— que encontramos en la doctrina pontificia? He aquí una pregunta para la que no tengo respuesta.

El hábito de tratar las cosas sólo a nivel natural es peligroso no sólo por las consecuencias de la falta de realismo que conlleva, sino también por el hábito que crea en quien así continuamente prescinde del elemento sobrenatural, por aquello de que «agens agendo repatitur». Ya olvidado lo sobrenatural, no es de extrañar que se prescinda de criticar las ideologías o programas sociales desde la fe y que, procediendo al revés, se caiga en lecturas selectivas o ideologizadas del Evangelio y de toda la Biblia. Al final de este triste proceso, los portavoces de las ideologías a veces acaban manipulando la misma acción genérica de algunos cristianos, pues los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz. Sólo desde una permanente vivencia del misterio de Jesucristo el espíritu del creyente se mantiene atento y confiado y cree de verdad en la validez del evangelio para la inspiración, crítica, corrección y superación de programas e ideologías.

Hoy, después de mucho sufrir y a precio de no pocos fracasos, parece que va abriéndose el camino de una correcta situación de los elementos naturales y sobrenaturales en la formulación y acción para la ordenación social, con las distinciones y las vinculaciones necesarias. Al fin y al cabo, todo se refiere a un «hombre» y a una «humanidad», en la que, siendo sólo visible directamente lo natural, lo sobrenatural les es igualmente real. Las proclamaciones lúcidas y decididas de Juan Pablo II han de ayudar mucho a descubrir tanto lo humano y lo social incluido en el misterio de Cristo, como la responsabilidad creativa de los cristianos como tales en la construcción concreta de la ciudad terrena, según su legítima autonomía.

No podemos preterir el problema antes mencionado, planteado por la necesidad de dialogar y colaborar en estos puntos con los no creyentes. Conviene no olvidar jamás que quien no cree en Cristo no puede entender que creer en Cristo sea tan importante como estimamos nosotros. Es evidente que en este diálogo debemos bajar al terreno común, haciendo momentánea abstracción del elemento sobrenatural, que no está en el horizonte del otro, aunque exista en la realidad, lo que tampoco nos es lícito olvidar. Debemos proclamar oportunamente (San Pablo decía que también inoportunamente) el evangelio y testificar de palabra y con la vida nuestra concepción global del orden social: lo reclama el servicio a la verdad, la sinceridad y nuestra propia vivencia. Cada caso deberá tener su tratamiento, pero jamás tendremos razones para dejar de lado la visión cristiana, que sintetiza la triple verdad sobre el hombre, Cristo y la Iglesia, que el Papa tan oportunamente nos inculca.

SUMMARIUM

DE CHRISTI PERSONA ET DILECTIONE QUOAD SOCIETATIS ORDINEM

Velut principalem thesim auctor defendit ad recte humanam societatem disponendam valde conferre cogitationem de persona et vita et dilectione Iesu Christi. Socialis doctrina enim non tantum ad ethicam seu moralem philosophiam pertinet, sed etiam indiget theologorum peculiaribus speculationibus quippe quae, exempli gratia, a Christologia praebeantur. Nam prae oculis habere quis sit Christus societatis conditiones iuvat ad cognoscendum propter tria. Primo, quidem, quia Iesus, qui vixit statutis ac determinatis temporibus, duo milia annorum totius societatis humanae vitam et historiae cursum rexit sua praesentia ac virtute. Secundo autem quia Christus absque dubio optimus fuit spiritualis magister qui benignitatem semper docuit et mansuetudinem. Tertio quidem et praecipue quia in Christo, in mysterio scilicet Incarnationis et Redemptionis, totius societatis dispositionis ratio et fundamentum revelantur. Iesus, enim, sicut ipsum nomen dicitur, Salvator est qui venit in terram ut peccatum mundi tolleretur. Regnum Dei autem, quod Christus annuntiat, opponitur «peccato mundi» atque Christus, cum omnes omnino homines ab illo redempti socialem indolem in se servant, restaurare cupit societatis quoque ordinem tanquam Regni sui partem. Quae quidem conclusiones, si ceteras Christi descriptiones in Revelatione consideras, solidantur et confirmantur: Iesus enim dicitur «recapitulans» in se omnes creaturas, universa ad perfectionem extollens, atque simul homines renovans atque glorificans, quorum sublimem patefacit dignitatem. Quam ob rem fides in Iesu Christo vera est motio quae homines inducit ad recte ordinandam societatem secundum principia libertatis, fidei et humanitatis.

Amor igitur, qui in Corde Iesu inhabitat, qui autem nobis communicatur per Spiritum Sanctum missum a Christo, centrum et fundamentum est ad promovendum societatis ordinem. Amor Christi nobis datur nosque inmutat ut homines simus audacissimis desideriis pleni; in ordinandam civium societatem operatur, sese ostendens plenum iustitia et misericordia, utpote diuturnum vitae christianae exemplum praebens,

totalis et ubique interminus locis, temporibus et docilitate. Cuius fructus erit tum personalis perfectio cuiusque fidelis, tum adventus civitatis veritatis et amoris, societatis scilicet secundum spiritum beatitudinum evangelicarum dispositae.

Oposculum denique in appendice reproducit textos christologicos Litt. Encyclicarum et Documentorum Pontificum quae, inde a Leone XIII usque ad Ioannem Paulum II, promulgatae sunt de sociali Doctrina Ecclesiae. In documentis Ecclesiae transitus percipitur a positione etica legem naturalem spectanti usque ad sententiam aperte christologicam. Hic processus mirabiliter coronatur a Ioanne Paulo II suis praecipue duobus primis Litt. Encyclicis.

SUMMARY

THE PERSON AND LOVE OF JESUS IN THE ORGANIZATION OF SOCIETY

The central thesis of the present article is that consideration of the person, life and love of Jesus can form a basis for the proper organization of society. The fact is that the social question cannot be considered solely from the ethical point of view: there is need of a strictly theological perspective like that supplied by Christology. It can be said that the consideration of Jesus Christ illuminates the social problem for three reasons. In the first place, because Jesus, as a historical figure, has been powerfully present in the social life of mankind for two thousand years. Secondly, because Jesus was certainly a great moral teacher, who taught mutual understanding and the art of living together. But much more important is the third reason: in Jesus Christ, in the mystery of the Incarnation and of the Redemption, is revealed the ultimate meaning of all social organization. Jesus, in fact, as his name implies, is the Saviour, that is to say, he appeared on earth precisely to eliminate the sin of the world. To the 'sin of the world' is opposed the Kingdom of God which Christ is beginning to establish. And since the social dimension is inherent in every man, Christ, in saving every man, wishes to restore in addition the social order as a further element in the Kingdom. The same conclusion is implied by the other ways in which Christ is presented by Revelation: Jesus is the 'recapitulator' of creation, raising to perfection the whole of created reality: he is also the renewer and exalter of man, whose highest dignity he reveals. For all these reasons faith in Jesus is a genuine force impelling mankind to fashion a proper social order based on freedom, faith and decent feeling.

In a word, the love that lies hidden in the Heart of Jesus Christ, and is communicated to us by the Holy Spirit whom he sends us, is the fundamental element which governs the organization of society. The love of Christ is communicated to us and transform us: it makes us men of extraordinary ambition. This love acts in the organization of society, showing itself as a love full of justice and mercy, which knows how to manifest itself in the daily exercise of life in common, gives a constant example of Christian living, and is total in extension, in time and in readiness to serve. The fruit of this love will be, on the one side, the growth to perfection of each individual Christian, and, on the other, the establishment of a civilization of truth and love, that is to say, of a society organized according to the spirit of the Gospel beatitudes.

The article offers in addition, as an appendix, the Christological texts in the Papal Encyclicals and Documents relating to social teaching from Leo XIII to John Paul II.

The evolution of the magisterium of the church may be detected from a markedly ethical point of view, e.g. the natural law, towards a more openly Christological one. John Paul II crowns this process perfectly, especially in his first two encyclicals.